



**RALPH
BARBY**



S.O.S.

—*Skol*—brindó Slim
O'Brien
Soon.

La chica, una rubia que según los entendidos en mujeres tumbaba de espaldas, era alta, de busto llamativo y falda corta mucho más llamativa.

—*Skol*—repitió ella levantando su copa.

Ambos se hallaban sentados a la barra de un club ce Montparnasse.



Ralph Barby

S. O. S.

Bolsilibros - Servicio Secreto - 981

ePub r1.0

Lds 21.01.18

Título original:

S. O. S.

Ralph Barby, 1969

Cubierta: Santiago Tamurejo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—*Skol* —brindó Slim

O'Brien

Soon.

La chica, una rubia que según los entendidos en mujeres tumbaba de espaldas, era alta, de busto llamativo y falda corta mucho más llamativa.

—*Skol* —repitió ella levantando su copa.

Ambos se hallaban sentados a la barra de un club ce Montparnasse.

Slim

O'Brien

era alto, moderno, con aire desenfadado un tanto cínico y cabello enmarañado. Vestía con soltura un traje azul y destacaban en él unas pupilas gris-azuladas que semejaban despedir destellos metálicos.

Tras aquel brindis en medio de murmullos, risas y choques de vasos y botellas, los dos sonrieron.

—Es magnífico el ambiente que se respira aquí.

—Cierto, Erika. París siempre será París.

—Pero a ti, un americano, te gustará más Nueva York —objetó ella.

—Sí, pero aquello es distinto. Tantos edificios tan altos... mirando para arriba queda uno pequeñito abajo. Además, todo es moderno y lo que es viejo no tiene ningún valor. En cambio aquí, lo viejo se transforma en antiguo, que es muy distinto. Claro qué tu Suecia también debe ser un bello país.

—Por supuesto, lo es —aceptó ella con una sonrisa bebiendo de nuevo de su copa— pero más calmado, más quieto que esto que nos

rodea. París es la Babel de hoy.

—Unos le llaman «la Ciudad Luz» y otros la «cloaca de Europa». En fin, entre un calificativo y otro median una serie de adjetivos.

—A mí me agrada que haya ambiente.

—Pues a mí no me gusta ver a esos barbudos buscando un hueco por los puentes para dormir.

—A mí me gusta ver a los soñadores del arte que llegan a París en busca de la fama y la fortuna.

—A mí no me gusta que hayan tantos vividores que no mueven una vértebra para ganarse un franco.

—Me gusta la picaresca de esta ciudad.

—A mí no me agrada la inmoralidad en masa y, cuidado, que eso no quiere decir que no me gusten las chicas...

Al decir aquello,

O'Brien

dio un ligero golpe sobre los muslos de Erika, ya que al estar sentada la falda le quedaba algo más que corta.

—Slim, creo que tú y yo estaríamos horas hablando de París.

—Yo estaría horas hablando de ti, muñeca.

—Gracias.

—¿No te emocionas? —le preguntó irónico.

—No es el primer halago que me dedican. Hace tiempo que dejé de ser quinceañera.

—Bueno, quizá sea que las suecas son muy frías.

—Pues a mí me han dicho que los norteamericanos son *babys*.

—Las estadísticas aseguran que ya pasamos de los doscientos millones. No seremos tan niños cuando...

—Sois niños con mucha técnica.

—Eso está bien —aceptó él.

—Sí, con mucha técnica artificial. Desde que oí que la reproducción de las vacas la hacéis artificial, ya me lo creo todo.

O'Brien

carraspeó.

—Yo te aseguro que...

Ella le tapó la boca con su mano, en un gesto desenfadado y sonriente.

—No sigas, Slim. A mí me atrae mucho más la ingenuidad de los norteamericanos que la impaciencia de los franceses. En la vida hay

que tener calma para todo. Ahora, discúlpame tengo que marcharme.

—¿Tan pronto? —se extrañó el hombre—. Creí que daríamos una vuelta por la ciudad.

—Hoy no, pasado mañana quizá. Ahora debo ir a visitar a una antigua amiga. He quedado citada con ella y no deseo que se moleste conmigo.

—Bien, Erika. Después de todo, como nos hospedamos en el mismo hotel, ya nos veremos de nuevo y quedaremos para salir.

—De acuerdo —asintió ella con su inglés aprendido en escuela de idiomas y no en la vida real—. Si tus ventas de neumáticos americanos te lo permiten, saldré contigo. Creo que nos complementamos.

—Ese asunto me gustaría estudiarlo más a fondo.

Ella, que ya se había puesto en pie, besó los labios del hombre con una caricia prolongada sin que nadie a su alrededor se inmutara, pues en aquel momento en la pista aparecieron unas chicas tan ligeras de ropa que el mismo diablo se hubiera puesto rojo al verlas.

Slim

O'Brien

Soon dejó que la hermosa Erika se marchara del club. Tomó su doble, miró la hora en el cronómetro y abonó la cuenta.

Su «Mercedes Benz» descapotable le aguardaba en la esquina próxima, junto a un callejón húmedo de suelo pétreo y brillante. Olía mal pese a que no había basura sobre el adoquinado.

El «Mercedes» roncó al ser puesto en marcha y luego se lanzó por el centro de la calle.

De no ser por el ruido del potente motor hubiera oído algunos improperios en idioma galo que le dedicaron un grupo de personas cruzando un paso cebra y que él sorteó hábilmente. Slim sabía bien adónde se dirigía: Saint Germain des Pres era su adjetivo.

En la Rué Grenelle le aguardaba un solitario anticuario, especializado en esculturas orientales y americanas precolombinas, un tipo muy raro y conocido por Gastón «le Souriant»^[1]. El apodo quizá era debido a que nadie le había visto sonreír a lo largo de su dilatada vida.

Detuvo el auto a una prudente distancia para no ser visto e hizo

a pie el resto del camino y por la acera contraria, tratando de no hacer ruido y pasar inadvertido.

La tienda del anticuario, que en su parte exterior consistía en una puerta y dos escaparates, situados uno a cada lado de la entrada, se hallaba cerrada.

Los escaparates carecían de luz y la persianilla, bajada en la puerta, impedía ver el interior del local.

Permaneció unos instantes quieto, observando. Delante de él no había nada sospechoso.

Optó por cruzar la calzada y con paso rápido se pegó al escaparate. A través de él divisó algo del establecimiento sin iluminar. La visión era pésima; sin embargo, le pareció que no había nadie en él.

De su bolsillo extrajo unos guantes de goma fina, que se calzó con rapidez. Se aproximó a la puerta y empuñando el pomo maniobró en él.

«Diablos, ya está abierta. Esto marcha», se dijo.

Empujó la hoja encristalada y se internó en la tienda, cerrando inmediatamente tras sí.

Quedó quieto, esperando un ruido o algo que le delatara una presencia humana. Quizá una respiración, largo tiempo contenida, se dejaba oír al fin en busca del aire necesario para seguir viviendo.

«Nada», se dijo.

El establecimiento parecía desierto, a juzgar por el silencio, ya que la falta de luz impedía ver alrededor.

Se decidió a avanzar a tientas cuando su pie pisó algo duro y quebradizo que, bajo su peso, multiplicó sus pedazos. Saltó hacia la izquierda al tiempo que se lanzaba al suelo.

El disparo que esperaba no se produjo. Sin embargo, permaneció inmóvil por espacio de dos minutos, pegado al suelo y conteniendo la respiración.

Su sexto sentido le advertía que no estaba solo en aquella tienda a juzgar por lo que notaba bajo su cuerpo y manos al permanecer estirado sobre el piso.

Con sumo cuidado sacó de la axila su automática
«P-38»

con silenciador, que empuñó quitándole el seguro. Instantes después, manteniendo en tensión todos sus nervios, se incorporó

lentamente cuando su rostro fue bombardeado por un cono de luz que le deslumbró.

Una voz masculina le habló en inglés pero con acento extraño a la lengua de Shakespeare.

—Americano, tira tu pistola o mueres.

Cegado por el cono de luz que brotaba de la potente linterna, se dijo que debía obedecer o se exponía a caer acribillado a balazos.

Mas Slim

O'Brien

Soon no era hombre fácil de doblegar y apretó el gatillo dos veces consecutivas.

La linterna alcanzada, en la mismísima bombilla, se apagó. Al mismo tiempo, por empuje de la bala, fue arrancada brutalmente de la mano del hombre que la sostenía.

Aquel tipo disparó a su vez, a juzgar por el poco ruido que hacían al disparar, ambos utilizaban silenciador.

Parecía una fiesta de aniversario en la que se descorchaban varias botellas de champaña.

Slim dejó de disparar y observó la posición de su enemigo por los fogonazos de éste. Lo rodeó con cautela felina y se lanzó sobre él.

El sujeto en cuestión resultó ser una especie de gorila, nada fácil de tumbar.

—¡Vamos, suelta el arma! —Gruñó Slim.

Le hizo una presa de judo luxándole el brazo y su enemigo profirió un gruñido de dolor.

Algo rebotó contra el suelo. Era el arma del desconocido.

Slim podía haberlo enviado al mundo del eterno silencio, pues no creía que a aquel tipo le dieran ningún instrumento para formar parte de la orquesta celestial.

Lo agarró por las solapas de la chaqueta y lo volteó pese a los casi cien kilos que a Slim le pareció que pesaba.

Después le golpeó en el costado y, por último en la nuca, quedando a partir de aquel instante inútil como una marioneta al finalizar la función.

Slim

O'Brien

respiró hondo. Aquel trabajo había terminado.

Se compuso la chaqueta y mesó los cabellos. Luego buscó un fósforo y lo raspó, iluminándose.

El gorila, vestido de oscuro, yacía a sus pies. Por un buen rato no iba a molestarle.

Se acercó a los escaparates y bajó las cortinas de tela no traslúcida. Después buscó el interruptor.

Cuando se encendió la luz pudo darse cuenta de que la tienda del anticuario no estaba muy vistosa. Era como si una docena de elefantes hubieran bailado el «*rock and roll*» allí dentro, sin pensar en el valor de cada una de aquellas estatuillas que aparecían por el suelo hechas añicos.

—¿Dónde estará ahora Gastón «le Souriant»? —se preguntó en voz alta.

—Yo te lo diré, cariño —le respondió una voz femenina que conocía muy bien.

Sorprendido, se volvió hacia las cortinas que cerraban el paso a la trastienda.

Allí, una mano femenina sostenía una pequeña y lujosa pistola de monedero que le encañonaba con firmeza.

—¡Erika!

La cortina se descorrió y apareció la rubia. No sonreía y su actitud era grave, resuelta.

—Tira tu pistola.

—Pero, Erika, ¿qué piensas hacer? —le preguntó él con ironía.

—Tira tu pistola o disparo y te aseguro que no seré tan torpe como él —dijo señalando al hombre que yacía en el suelo.

—Está bien, tú ganas. —Dejó caer su automática—. Con las chicas no suelo ponerme violento.

La mujer pareció más tranquila al observar la sumisión del hombre y avanzó unos pasos hasta situarse junto a la caja registradora que se hallaba sobre el mostrador del anticuario.

—Me satisface que seas buen chico. Ahora, vayamos al grano, «S. O. S.»,

que es lo mismo que decir Elim
O'Brien

Soon, agente norteamericano para todo y no un vulgar comisionista de neumáticos yanquis para Europa.

—Vaya, conoces mi identidad.

—Sí. ¿Te extraña?

—No —dijo con desenfado.

—¿Por qué?

—Porque yo también conozco la tuya.

—¿Ah, sí?

—Eres soviética y, por cierto, un magnífico ejemplar de granja colectiva.

—¡No tolero tus bromas, Slim!

—Llámame «S. O. S» ya que estamos poniendo las cartas boca arriba.

—De acuerdo. ¿Qué sabes más de mí?

—Que te llamas Valentina. Yo, por supuesto, prefiero Val; es más corto.

—No te hagas el gracioso.

—Bien, tú eres Valentina Irasovna, agente del servicio soviético destinada a servicios especiales en Europa y, por cierto, ésta es la primera misión que llevas adelante, lo que te convierte en una novata.

—¿Novata yo? —Val dio un respingo. Luego sonrió con suficiencia—. Pues el experimentado «S. O. S.»

está en mala situación frente a una novata.

—¿Me vas a hacer pupa?

—No bromees. Ya me habían advertido de lo tontos que sois los americanos y no pienso dejar que me tomes el pelo. Yo llevo las cosas adelante con mucha seriedad y pronto te darás cuenta de ello.

—Como tú digas, cielo. ¿Qué te parece si dejamos esto y nos vamos un rato a un club? Lo pasaríamos bien.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—Naturalmente que sí.

—Creo que no comprenderé nunca a los americanos. Vais a resultar aún más tontos de lo que yo pensaba.

—Creo, Val, que te faltan muchas, horas de vuelo.

—No voy a seguir escuchando tus sandeces. Ahora, sin perder más tiempo, dime si lo has encontrado.

—¿Tú qué crees? —le respondió él.

—Que sí. Todas las figurillas rotas lo demuestran. Has estado buscando dentro de ellas y las has hecho añicos.

—Si cuando he llegado aquí tú ya estabas con ese gorila que te acompaña...

—Sí, pero tú me has entretenido en el club y, mientras, un secuaz tuyo ha venido a la tienda. Ha eliminado a Gastón «le Souriant» y luego se ha apoderado de lo que buscaba.

—Tienes buena imaginación, Val. Podrías ser una buena escritora. Quizá hasta llegarías a emular a Dostoievski; eres muy trágica.

—¿Trágica? ¿Y el hombre que está muerto detrás del mostrador qué es?

—¿Detrás del mostrador hay un fiambre?

Slim se acercó para observar, pero ella le cortó:

—No te muevas. No voy a caer en una trampa,

«S. O. S.».

—De acuerdo, juguemos limpio.

—¿Tú lo tienes?

—Sí.

—¿Dónde?

—Lo llevo encima.

—Dámelo.

Slim sonrió cínicamente.

—Eso sería hacerte el trabajo demasiado fácil. Sería como empezar en este trabajo comiendo pasteles.

—No quiero ironías. Dámelo, no voy a repetírtelo.

—¿Y si no te lo doy?

—Tendré que tomarlo yo.

—¿Cómo? —inquirió retador.

—Del modo que sea. No pelearé contigo, ya que has demostrado ser un hábil luchador tumbando a Iván.

—Ah, ¿el gorila se llama Iván?

—Slim, vas a acabar con mis nervios —rugió la mujer.

—Diablos, creí que a las espías rusas las escogían más flemáticas.

—Para dialogar con un yanqui imperialista hay que ser más que flemático para no perder la calma. Terminemos de una vez. Dámelo y te dejaré marchar.

—No te daré nada y me voy a marchar ahora mismo.

—¿Qué? —inquirió incrédula al ver que el hombre daba media

vuelta y se dirigía a la puerta.

—Lo que te he dicho. No me gusta la fiesta y me largo.

—¡Slim, dame lo que llevas encima o disparo contra ti!

—¿En qué artículo del código del buen espía soviético está lo que acabas de decirme?

—Lo lamento por ti, pero vas a obligarme a disparar.

—Un encanto como tú no puede matar a un hombre como yo.

—¿Ah, no? Pues si sabes rezar algo, reza. Ya ves que los rusos no somos tan malos como decís e incluso os permitimos poneros a bien con Dios.

—Está bien, eres muy buena, pero yo me largo y no rezo. Mi hora no ha llegado.

Furiosa, Val tiró del gatillo y sonó un estampido. Su pistola no llevaba silenciador.

La distancia era corta. El disparo había sido casi a boca de jarro y, si bien el calibre del arma era pequeño, la bala era suficiente para matar.

Slim

O'Brien

Soon sufrió una sacudida en su pedio, marcándose un agujero en su chaqueta a la altura del corazón. Abrió los ojos desmesuradamente y cayó de bruces.

—Lo siento, Slim, pero era mi obligación —balbució al verlo tendido casi a sus pies.

Tragando saliva dificultosamente, se arrodilló junto al hombre y le acarició el pelo. Inclino la cabeza para apoyar su mejilla contra la de él.

—Slim, Slim, ¿por qué me has llevado a esta situación límite? Yo no quería, pero era mi deber y ahora tengo que encontrar lo que ocultas.

Comenzó a palpar la chaqueta masculina. De repente, desorbitó los ojos, extrañada.

—¡Si todavía le late el corazón y yo juraría que se lo he agujereado!

—Si me das un beso, me pondré pronto bueno.

—¡Eh, ¿qué es esto?! —inquirió ella tratando de saltar hacia arriba para ponerse en pie.

Un manotazo del hombre arrojó el arma lejos de su alcance.

La chica se resistió, pero Slim la retuvo y pese a su negativa la besó en los labios de un modo que jamás hubiera podido imitar un moribundo.

—¡Ya está bien! ¿Cómo es que tienes el agujero en el pecho? —preguntó airada.

—Porque debajo tengo un chaleco salvavidas. En mi país los fabrican de materia plástica, muy llevaderos.

—¡Te odio!

—Ya te he dicho que eres novata. ¿He sido yo tu primer fiambre? —le preguntó poniéndose en pie tras recoger todas las armas.

—Nunca he matado a nadie, pero si alguna vez tengo que hacerlo me gustaría que fueras la víctima.

—Uy, qué arisca estás. Tendrás que conformarte con lo que has hecho. La verdad es que no creí que dispararas contra mí, me has salido muy violenta. Tendré que ir con mucho cuidado contigo. Eres capaz de amar como de matar.

—¿Qué piensas hacer conmigo, es decir, con nosotros? —concretó señalando al todavía durmiente Iván.

—Primero, voy a dar un vistazo al tipo que está detrás del mostrador.

—Pero ¿no lo has matado tú? —preguntó sorprendida.

—No te lo creerás, pero no he sido yo.

—¿Algún cómplice tuyo?

—Tampoco, trabajo solo. En realidad, no pertenezco a ninguna organización conocida, simplemente me empleo para misiones difíciles y para lo que algunos denominan trapos sucios y en los que nadie quiere verse envuelto. Si me atrapan, sólo pago yo.

—Sí, ya lo sé. Los tipos como tú son los peores espías.

—¿Peores en qué sentido? ¿En qué fallamos o en que damos mucho la lata?

—Hum —respingó ella.

Slim miró por encima del mostrador y retuvo por la mano a Val que pretendía correr hacia la puerta. Sin mirarla ordenó:

—¡Quieta! —Luego, agregó—: Pobrecito Gastón, ni muriendo ha podido sonreír. Le han disparado en la nuca según parece y, por lo que veo alrededor, han estado buscando mucho.

—Yo no entiendo nada.

—Pues yo sí, querida. Somos tres a partir el pastel. Tú, yo y los otros.

—¿Y quiénes son los otros?

—Por favor, no preguntes, que me mareo. La verdad es que he dejado que me dispararas para asegurarme de que no hacías comedia. Una vez muerto, me has registrado y ello indica que tú no has encontrado nada. Me temo que el que ha buscado aquí sí ha encontrado algo dentro de una figurita.

—También puede ser que no lo haya encontrado.

—Opino que sí porque todavía quedan figuritas enteras. Claro que si ha recibido una orden o insinuación de que lo que buscaba está en otra parte, habrá dejado de romper figuritas.

—Dime, ¿qué vas a hacer con nosotros? —inquirió Val impaciente.

—Te propongo un trato.

—¿Qué trato?

—Tú y yo nos compenetrarnos mucho...

—Cuidado —cortó ella al acercarse él demasiado.

—No pienses mal, cariño, sólo quiero proponerte que nos unamos.

—¿En qué forma? —interrogó ella con irónico retintín.

—Simplemente, que formemos grupo tú y yo, al gorila Jo mandas a su casa o a Siberia, a ver si allí asusta a los pobres ositos.

—¿Y tú y yo para qué vamos a unirnos?

—Tú les cuentas a los tuyos que vas tras una buena pista.

—¿Y será cierto?

—Claro que sí. Tú y yo juntos no nos estorbaremos mutuamente y podremos ir a la caza de ellos.

—¿De veras crees que los encontraremos?

—No seas tan escéptica, Val. Al lado de un veterano puedes llegar a todas partes y ya verás cómo los encontramos y recuperamos lo que los dos buscamos.

—¿Y luego qué? Tú y yo quedaremos frente a frente.

El carraspeó.

—Ese asunto mejor lo dejamos para el final, si es que llegamos a verlo. Ellos juegan fuerte, lo nuestro sólo será una simple partidita de damas. ¿De acuerdo?

—¿Sin traiciones entre nosotros?

—Correcto, sin traiciones. Los dos a la una, los dos al mismo paso y los dos en el mismo apartamento.

—¡Eh! —protestó ella, pero un nuevo beso del norteamericano sirvió de silenciador.

CAPÍTULO II

Slim hizo chirriar los neumáticos del deportivo «Mercedes Benz» al aparcar en una zona reservada para taxis en la Avenida de los Campos Elíseos.

Semejando una paloma, Val dio un saltito hacia atrás temerosa de que aquel coche blanco subiera a la acera atropellándola, pero las ruedas apenas rozaron el pétreo bordillo.

—Sube.

Valentina no sé hizo de rogar ante la portezuela del coche y se acomodó junto al americano.

—Si deseas pasar desapercibido no vas a conseguirlo demasiado con tus espectacularidades.

—De los hombres que se hacen ver mucho nunca se sospecha. La gente siempre recela de los huidizos, no de los que actúan como yo.

Tras aquella especie de sentencia, fruto de una veteranía en su difícil y arriesgada profesión, pisó el acelerador y el auto brincó hacia delante sumergiéndose en la densa circulación de los Campos Elíseos.

—¿Adónde vamos?

—Hablemos de ti primero, Val —sugirió él.

—¿Y qué quieres de mí?

—Ante todo, decirte que tienes unas piernas estupendas.

Efectivamente, la chica vestía una minifalda que, al estar sentada, se convertía en algo menos que micro-minifalda.

—Olvídate de mí como mujer y piensa como un profesional.

—De acuerdo. ¿Qué te han dicho tus jefes?

—Aceptaron tu trato.

—Eso indica que trabajaremos en colaboración.

—Sí.

—¿Tú y yo solos?

—Sí.

—Bueno, Iván y otros nos ayudarán si lo necesitamos.

—No está mal, supongo que tendré que luchar contra ellos cuando hallemos la solución de este embrollado caso.

—¿No te fías de mí?

—Lo mismo que de una gata siamesa. Las dos tenéis las uñas escondidas.

—Slim, creo que será mejor tenernos mutua confianza si hemos de operar juntos para localizar a ese grupo que actúa en contra de nuestros respectivos países.

—Sí, nos tendremos confianza —aceptó Slim mientras dejaba atrás el Arco del Triunfo— pero me sentiré más tranquilo si me das tu palabra de que no avisarás a los tuyos.

—De acuerdo, tienes mi palabra, pero espero que en el último momento no me hagas una jugarreta —observó ella, pues aquel juego andaba entre pillos.

—No temas, y como supongo que conoces parte de este asunto, pues de lo contrario tus jefes no te habrían enviado a investigar, pisándome los talones...

Ella carraspeó, atajándole:

—Todo no lo sé.

—Sabes que hubo un traidor en los Estados Unidos que vendió todos los planos microfilmados, necesarios para construir un submarino atómico último modelo.

—Como comprenderás, los rusos no estamos interesados en vuestros submarinos atómicos.

—¿Y por qué no habríais de estarlo? —preguntó él irónico.

Sentía en su rostro la agradable brisa parisina mientras conducía tratando de no atropellar a las personas que cruzaban la calzada en tiempo indebido.

—Porque ya tenemos submarinos atómicos. Otros países también los tienen, pero es la

U. R. S. S.,

la nación que más submarinos de esa especie posee.

—Cuidado, Val. Si te oye tu jefe puede acusarte de alta traición por revelar el armamento de que disponéis.

Ella enrojeció. Slim

O'Brien

no supo si era por sentirse burlada o por darse cuenta de que estaba hablando demasiado.

—Bueno, no es ningún secreto el número de submarinos atómicos de que disponen los Estados Unidos. Os pasáis el día haciendo propaganda de ellos en todos los periódicos del mundo imperialista.

—Sí, pero dentro de esos submarinos norteamericanos hay muchos secretitos, relojitos y tubitos monos que a tus jefes les gustaría conocer.

—Sigo opinando que los norteamericanos os las dais de listos y luego falláis estrepitosamente con muchos de esos cohetes que lanzáis al espacio y que hacen piff antes de llegar arriba.

—Sí, es cierto, pero yo sé de unos que cuando el cohete les hace piff, dicen: «¡Silencio, aquí no ha pasado nada! El lanzamiento que debía realizarse hoy se efectuará el año próximo». Lo que no cuentan es que ese año lo aprovechan para construir otro cohete.

—Bah, historietas de revista burguesa —replicó despectiva.

Slim sonrió y volvió al asunto que le interesaba realmente, al margen de los pequeños duelos verbales que sostenía con Val.

—Supongo que sabréis también que un determinado país es el que ha pagado para que un americano traicionara a su patria, ¿no?

—Sí, y ya que el juego sigue con las cartas boca arriba, te diré que mientras vosotros tratabais de recuperar los planos, nosotros sólo queríamos interceptar la valiosa mercancía.

—Sí, pero la nación destinataria, que ya había pagado la mitad de su precio, estaba ansiosa por recibirla —arguyó él.

—¿Vosotros conocéis el nombre del país interesado en el submarino atómico?

—Sí.

—¿Cuál es?

—No sé para qué lo preguntas si vosotros también os habéis enterado. Es inútil que juguemos a no decir nada... Hay que hablar claro.

—Está bien, di qué país es y veremos si concuerda con lo que han averiguado nuestros servicios.

—Costa Larga.

—Exacto. Lo que no comprendo es cómo no habéis elevado una

severa protesta.

—Costa Larga pertenece a ese mundo que no es comunista ni imperialista; simplemente, es lo que le da la gana. Su política es algo demagógica.

—Pero podía haber pedido ayuda a los Estados Unidos. Estoy segura de que no os hubierais negado a venderle un submarino atómico.

—Es muy posible que Estados Unidos se lo vendiera, aunque a un precio conveniente que quizá Costa Larga no podría pagar. Por otra parte, sí hiciera tal cosa, se decantaría hacia nuestro país y ellos prefieren permanecer neutrales.

—Y vosotros no tomáis represalias por este robo de planos para no enfadaros demasiado con ese país.

—Algo así, pero eso es asunto de política exterior y yo sólo soy un mercenario a la búsqueda y captura de unos planos que sólo Dios y el que los tiene saben dónde están.

—¿Y si esos planos llegan a la Embajada de Costa Larga?

—Entonces nos enfadaremos un poco y les pediremos por vía oficial y secreta que los devuelvan.

—Lo que constituiría una humillación para la
C. I. A.

—Es posible.

—Y si pese a todo, Costa Larga se niega a devolver los planos, ¿les declararéis la guerra?

—¡Qué va! Trataremos de venderles las materias primas y también los aparatos de precisión que necesitan para el submarino en construcción.

—¡Diablos! Sois *babies*, pero negociantes ante el fin.

—Hacemos lo que podemos, aunque se me ha olvidado decirte que ese submarino empezaría a ser construido, pero jamás sería botado.

—¿Lo sabotearíais?

—C09 una bomba de fabricación rusa, por supuesto.

—¡Sois unos canallas pretendiendo echarnos la culpa a nosotros!

—Uy, qué buenos... Vamos, cariño, vosotros nos hacéis operaciones semejantes para lamentaros luego de lo malos que son los norteamericanos.

—Yo no he jugado nunca sucio —replicó ella con viveza.

—Cariño, sigo opinando que eres una novata.

Pisó el freno deteniéndose ante una villa de aspecto señorial ubicada en las mediaciones del Bois de Boulogne.

—¿Hemos llegado ya?

—Sí, cariño. Ésta es la residencia particular del embajador de Costa Larga, don Romualdo Larrea.

Ella parpadeó asombrada.

—¿Vamos a ver al embajador?

—Sí, nos está esperando.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Puedes bajar, cariño. El embajador nos aguarda.

—Debiste advertírmelo, me hubiera compuesto mejor —protestó Val, estirándose la falda.

—Mujer, siempre mujer —suspiró él caminando hacia la verja. Antes de llegar a ella añadió—: Si estás hecha un chicle...

—¿Un chicle? Creí que iba a decir un bombón, es lo más usual.

—Sí, pero yo soy americano y en mi país fabrican más chicles que bombones. Además, el chicle, si es bueno, se tiene mucho rato en la boca, no se indigesta y se pega mucho.

—Pues prefiero ser un bombón y pegarme menos —replicó ella tratando de separarse de él sin conseguirlo.

—¿Qué desean? —les preguntó un portero con gorra de plato y bigotes con terminales bajas. Su francés era bastante deficiente.

—El embajador nos espera. Me llamo Slim O'Brien

aquí está mi documentación. La señorita me acompaña.

El portero llamó por un teléfono interior e instantes después les franqueaba el paso.

—El embajador les aguardaba en su despacho. En la puerta encontrarán a su secretario que les conducirá hasta él.

Mientras caminaban por el sendero enarenado, Val preguntó irónica:

—Tendré que darte las gracias en nombre de mis jefes por haberme traído hasta aquí, ¿verdad?

—Oh no, en realidad soy yo quien ha de darte las gracias.

—¿Por qué?

—Al embajador le gustan mucho las chicas y mientras te mira

estará un poco mareado y yo podré sonsacarle más de lo corriente.

—Eres un cínico.

—Creí que era un *baby* —repuso él con enfado.

El secretario del embajador resultó un tipo alto, magro e introvertido, en el que destacaban unos ojos pequeños e incisivos. Su edad no pasaría de los cuarenta y Slim juzgó que era un tipo duro.

La pareja, sin previo aviso, fue introducida en un suntuoso despacho decorado con mobiliario castellano auténtico.

—Adelante, adelante, bienvenidos a mi casa. Oh, veo que viene usted muy bien acompañado, señor... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—

O'Brien.

—Ah, sí, señor

O'Brien,

qué memoria la mía —se excusó en su inglés con claro acento hispánico—. Tomen asiento, háganme el favor.

El embajador Romualdo Larrea era todo lo contrario que su secretario. Grueso, extrovertido, ojos grandes y rojizos y escaso cabello sobre su cráneo sonrosado. Usaba un espeso bigote amejicanado.

Val se arrellanó en la butaca. Al notar la mirada del embajador fija sobre sus piernas, discretamente estiró su falda cuanto pudo. Romualdo Larrea no era Slim

O'Brien,

quien tranquilamente se había sentado sobre el brazo de uno de los sillones.

—La señorita se llama Val Irasovna y es rusa.

—¿Rusa? —Larrea parpadeó visiblemente y luego miró a

O'Brien

interrogante.

—Sí, pero no tema; ni ella ni yo mordemos. Somos amigos, ya lo ve.

Romualdo Larrea pareció algo preocupado. Dio la vuelta a su gran mesa escritorio y se sentó tras ésta, juntando las manos sobre una carpeta oscura.

—¿Americanos, rusos, qué quieren, comprar a mi gobierno?

Sería un éxito para cualquiera de sus países que Costa Larga se decantara por uno de ellos.

—No se haga ilusiones, señor Larrea, no venimos a regalarle los oídos.

—¿Qué pretende decirme,
O'Brien?

—¿Su secretario es de confianza?

—¿Quién, Narváez? Naturalmente que lo es.

—Entonces, dejemos que escuche por la puerta abierta.

Romualdo Larrea dio un respingo.

—No irán a revelarme un alto secreto así por las buenas, ¿verdad?

—Oh, no, claro que no, sólo quería decirle que no nos chupamos el dedo.

Val parpadeó y Larrea dio un pequeño bote sobre su butaca.

—Me temo,

O'Brien,
que su lenguaje es, ¿cómo diría?

—Muy directo y no busque más adjetivos.

—De acuerdo, siga directo, así terminaremos antes.

—Ahorrando palabras: ¿Dónde están los planos microfilmados?

El embajador palideció ligeramente pero lo suficiente para que sus visitantes se percataran de ello.

—¿De qué me está hablando? ¿Ha tomado algunas copas de más antes de venir aquí?

—Sólo un par de *whiskies* y dos pernots. ¿Le gusta la bebida francesa?

—A mí sí, ¿por qué?

—Pues a mí no. Prefiero el *whisky* y aún no ha contestado a la pregunta que le he hecho.

—Oiga, amigo, usted no pregunta, sino bombardea y, además, se chancea de sus interlocutores.

Val decidió intervenir. El latinoamericano podía empezar a tener la sensación de haberse sentado sobre un cartucho de dinamita.

—Discúlpelo, embajador. Es su modo de dialogar.

—Bien, si la señorita intercede... Por cierto, ¿es usted rusa auténtica?

—Sí.

—Por la calle hubiera jurado que era usted sueca.

—¿Y qué le gusta más, embajador? —preguntó Slim—. ¿Rusia o Suecia?

—No trate de hacer política por una simple intrascendencia —ironizó Larrea—. Y hablando de esos planos que usted dice o lo que sea, no sé nada.

—Es usted categórico.

—Sí, no sé nada y mi país tampoco. Nadie sabe nada y si el gobierno de su país desea averiguarlo, que pregunte por la vía diplomática. Todo será mucho más sencillo.

—Sí, claro, y otro tendrá que responder por usted. Vamos, embajador, lo que hablaremos aquí no es nada oficial. Queda entre nosotros.

—Si, ya, entre Costa Larga, Rusia y los Estados Unidos. Esto ya parece la ONU —gruñó el latinoamericano.

Val intervino:

—Creo, embajador, que si todos colaboramos, de esta reunión pueden salir buenas amistades.

—Incluso, pueden quedar aclaradas muchas cosas —añadió Slim.

—¿Qué cosas, el asunto de esos planos de que me habla? Por cierto, ¿de qué son? ¿De la bomba H?

—No se haga el iluso. El traidor que les vendió los planos fue descubierto y habló. A la Prensa no, por supuesto. No les hubiera dejado a ustedes en muy buen lugar.

—Insisto en que no sé de qué me habla.

—Yo sí. El rollo de microfilms debía ser entregado a usted personalmente en París.

—¿A mí? ¿No dice que el microfilm fue robado en los Estados Unidos?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me lo tenía que entregar a mí, si era mi gobierno quien lo compraba? Podía darlo al embajador en Washington o en las Naciones Unidas. Mi país tiene excelentes relaciones con ustedes y su Embajada funciona con toda normalidad.

—Sí, con mucha normalidad, pero de todas las Embajadas que hay en Washington o Nueva York por la ONU, se hallan

estrechamente vigiladas, lo mismo que las que se ubican en Moscú. Cuestión de profilaxis, prevenirse antes que curar. Ustedes no son tontos y han tomado precauciones. El microfilm ha dado un buen rodeo.

—¿Y por qué no llevarlo directamente a mi país en vez de traer el rollito a París?

—Porque su gobierno le ha encargado a usted para la elaboración de este plan. Es un hombre de confianza de su presidente.

—

O'Brien,

he de reconocer que tiene usted respuesta para todo, pero yo no tengo esos microfilms que usted busca.

—Y que pertenecen a mi país, puesto que han sido robados a nuestro gobierno. Por cierto, ¿qué falta les hace un submarino atómico?

—Respondiéndole en el caso hipotético de que todo fuera como usted dice, a mi país le iría muy bien para su publicidad interior y exterior poseer un submarino atómico fabricado en nuestros propios astilleros, sin intervención extranjera. ¿Imagina los encabezamientos de los primeros titulares de la Prensa internacional? —Con ampulosidad añadió—: COSTA LARGA YA TIENE SUBMARINO ATOMICO. —Quedaríamos agregados a las grandes potencias, pudiendo tutearnos con ellas.

—Incluso podrían comenzar a abrigar el sueño de convertirse en país cabecilla del tercer mundo.

—Mi presidente no aspira a tanto por ahora. Sin embargo, todo esto son fantasías, utopías.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono. Mecánicamente, Romualdo Larrea lo tomó.

—Disculpen —pidió a sus interlocutores.

Se oyó una voz ininteligible al otro lado del hilo.

—Cancen el pasaje. No salgo hoy.

La voz insistió al otro lado del teléfono.

—Lo ignoro todavía, ya les avisaré. —Cortó la línea, un poco de mal talante y, forzando una sonrisa, dijo con su inglés simpático—: Quería ir a descansar un poco practicando la caza. ¿Le agrada a usted la caza, señor

O'Brien?

—No mucho, y menos cuando la caza es humana y yo soy la víctima.

—Tiene usted salidas ocurrentes.

—Bien, considero que ya hemos hablado lo suficiente. Ahora, la señorita y yo nos retiramos. Si desea encontrarnos llame al hotel la Chatte Blane. Nos hospedamos allí.

—¿Los dos? —inquirió señalando a la chica, que ya se había puesto en pie siguiendo los movimientos de Slim

O'Brien.

—Sí, pero en distintas habitaciones —puntualizó Val.

—Ya, ya. Pues me alegro de haberla conocido, Val. Por cierto, ¿está usted en misión oficial en París o de simple turista?

Slim respondió por ella:

—Ha venido en calidad de presidente de la «Junta de Señoritas Protectoras de Huerfanitos de Tranviarios» de Moscú:

—Oh, eso la halaga, Val —le dijo Larrea con una mirada significativa.

Abandonaron la residencia del embajador, donde éste prefería recibir las visitas particulares.

Cuando el «Mercedes Benz» arrancó de nuevo por la calle parisina, Val inquirió:

—¿Has sacado algo en claro?

—Sí, que Larrea no tiene lo que todos buscamos y que, además, es muy aficionado a lo antiguo. En una vitrina tenía una serie de estatuillas incas que no me extrañaría se las hubiera proporcionado Gastón «de Souriant».

—Pero si él no tiene los microfilms, ¿dónde están?

—Eso lo averiguaremos a su tiempo. De momento, ya somos más en la búsqueda. Un coche nos anda siguiendo.

—¿Hombres de Larrea?

—Seguro. Les daremos el esquinazo. Sería ridículo que ahora trabajáramos para ellos en una tierra que es neutral para todos nosotras, París, el bello París Oye, cariño, ¿qué te parece si esta noche cenamos en el restaurante que navega por el Sena? Es magnífico, y dan una *bouillabaisse* exquisita.

Ella iba a responder, pero las palabras quedaron en su garganta. Slim

O'Brien

Soon acababa de efectuar un violento viraje con el que logró burlar a sus perseguidores, que pasaron de largo.

CAPÍTULO III

Un tanto impaciente tiró la ceniza de su cigarrillo por la ventanilla del «Citroën D. S.». Junto a ella, el chófer la miró de reojo.

—¡Cuánto tardan!

Audrey era una mujer a todas luces singular. Podía decirse que en ella se conjugaba el misterio de Oriente con el raciocinio de Occidente.

Quien desconociera su verdadera personalidad no podía discernir con exactitud cuál era su nacionalidad.

Audrey era anglohindú y la prematura muerte de su padre había hecho que la influencia de su familia oriental se acusara más en ella.

Sin embargo, era difícil encontrar una oriental más hermosa o una occidental que tuviera sus misteriosos ojos, grandes y de color violeta, sus labios sangrantes al natural y su cabello negro, largo y muy espeso.

Las manos eran las de una aristócrata occidental, largas, finas y bien cuidadas, pero la forma de moverlas era propia de una sacerdotisa oriental. Sin pretenderlo y sin esforzarse, toda ella despedía sensualidad o como solían decir en los medios parisinos y londinenses, *sex-appeal*.

—Svendy y Lear no fallarán. Siempre realizan todos los trabajos a la perfección —observó el chófer, que permanecía atento al volante del automóvil aparcado cerca de la estación de Austerlitz.

—Es un trabajo muy difícil, todo está muy vigilado. Si cometen el más mínimo error, estaremos perdidos. Una ocasión como esta quizá no vuelva a presentársenos.

—Sería risible que salieran hasta por la televisión mientras hacen su trabajo —rió el chófer, un francés de mejillas abultadas y

venas prominentes, lo que parecía indicar que era aficionado a la bebida.

—No sea estúpido, Charles.

—Sólo era una broma —se excusó el tal Charles borrando la sonrisa de su rostro.

—En este asunto no se admiten las bromas, es decisivo para todos nosotros. Si ocurre como usted dice, que en el desembarco del ferrocarril para el traslado en camión de la mercancía, operación que tiene mucha importancia para el gobierno francés, ha sido invitada la televisión para que pueda transmitirla en directo, se descubrirán nuestros propósitos.

—Sí, ya sé que el éxito radica en la sorpresa, como en las guerras. El que escoge el terreno, la hora y la sorpresa, gana. Eso mismo decía Napoleón.

—Y vencía —puntualizó Audrey.

—Sí, pero murió en Santa Elena y en una celda —replicó el chófer.

—Creo, Charles, que tiene la lengua demasiado suelta. Si estuviéramos en la India ya se la habríamos cortado.

—Pero estamos en Francia. Esto es un país civilizado.

—No sé todavía si ha sido acertado contratarles a ustedes.

—¿Y quién, sino, les hubiera hecho el trabajo? —Antes de que la mujer replicara se apresuró a añadir—: Ya sé, ya sé que nos pagan muy bien, pero la verdad es que ignoramos para quién trabajamos en todo este lío. ¿Para qué diablos quieren una carga nuclear activa? ¿Piensan construir su artefacto atómico?

—No sea imbécil. Usted es de los que creen que todo lo que suena a nuclear tiene que ser forzosamente una bomba.

—Bueno, los periódicos siempre andan hablando de esas peladillas como las que cayeron en Hiroshima y Nagasaki.

—Sí, pero también hay isótopos radiactivos. Existen las centrales eléctricas termonucleares.

—Pero ustedes, ¿para qué la quieren? Nadie piensa en robar ese paquetito de uranio que va dentro de un cofrecito en forma de tubo que sólo pesa veinte toneladas, y todo por unos kilos de ese uranio enriquecido. ¿Se lo van a vender a los chinos?

Ella denegó con la cabeza.

—¿A los hindúes?

—No, y no insista. Yo misma no sé nada, sólo tengo la misión de llevar este trabajo adelante.

—Son un poco extraños ustedes los de...

—Cállese —ordenó antes de que continuara hablando de algo que consideraba muy secreto e importante. Ni siquiera en la soledad del coche se fiaba la hermosa anglo-hindú.

La enigmática Audrey se impacientaba ante las insistentes preguntas del chófer, al que consideraba muy por debajo de su nivel cultural. Interiormente agradeció la aparición de dos gendarmes por una de las puertas de la estación de Austerlitz.

Los dos hombres parecían una pareja normal de agentes en su ronda periódica. Sin embargo, su paso no era el lento y pausado habitual en una ronda común, sino que caminaban rápido y al llegar junto al «Citroen» se detuvieron.

—Listos —dijo uno de ellos.

—¿Todo ha ido como fue planeado? —preguntó Audrey impaciente, pues se acercaba el momento crítico del plan.

—Sí —asintió el más joven de los dos gendarmes y que miraba a la mujer de forma muy especial—. Si el artefacto no falla, todo irá bien.

—Pues subid al coche y usted. Charles, maniobre y téngalo todo preparado.

Ambos policías, que no eran más que Svendy y Lear, se acomodaron en la parte posterior del «Citroën» y subieron los cristales polarizados de las ventanillas, evitando así ser vistos desde el exterior, lo cual hubiera despertado sospechas.

Tuvieron que esperar unos minutos interminables, pero al fin una gran puerta de hierro que cerraba un muro de protección de la estación comenzó a rodar sobre sus guías, franqueando la salida.

Un camión de cabina roja, con tres ejes y ruedas dobles en los dos posteriores, asomó avanzando despacio, casi con cautela. Sobre él, un gran cilindro también pintado en rojo y en el que rezaba: PELIGRO, con letras grandes y llamativas, pintadas en amarillo.

El vehículo rodó por la calle para internarse en el farragoso París y dirigirse después a la central termonuclear recién instalada en las afueras de la capital francesa.

El peligroso cargamento enfiló por el Quai d'Austerlitz.

Junto a él discurrían las aguas tranquilas, pero sucias y malolientes del Sena, no obstante, flanqueadas de verdor.

Un cameraman de televisión filmó la partida del vehículo pegándose junto al gran portalón de la estación que comenzaba a cerrarse de nuevo.

El «Citroën» se puso en marcha lentamente, colocándose tras el camión.

Apenas éste había avanzado una milla pareció que su chófer había bebido. Comenzó a moverse de un lado a otro, de modo alarmante, y al fin se detuvo junto a una acera, pegado el camión en doble hilera con los coches aparcados.

Se produjo gran expectación entre los transeúntes, debido en parte al color del camión y a su monumental aviso de peligro.

—Rápido, actuad antes de que sea demasiado tarde —ordenó Audrey.

El «Citroën» se detuvo a su vez y los dos hombres vestidos de gendarmes saltaron al suelo, corriendo hacia la cabina del camión cuando ésta se abría.

Un hombre asomó por ella. El otro intentaba vanamente abrir su portezuela.

—¿Qué sucede? —preguntó Lear, el más joven de las dos falsos policías encaramándose a la cabina del camión.

—No sabemos, pero parece que...

El chófer del camión no pudo terminar y cayó inconsciente. Su compañero ya había perdido el sentido también.

—¡Afuera, apártense! —ordenó Svendy.

Lear y su compañero se introdujeron en la cabina. Empujaron los cuerpos hacia el lado de las literas y Lear se hizo cargo del volante. Svendy se encargó de cerrar las portezuelas y el camión se puso en marcha de nuevo.

Los curiosos vieron alejarse el vehículo entre murmullos y comentarios, sin comprender lo que acababa de ocurrir y sobre lo cual todos los medios informativos del mundo hablarían días enteros.

El robo de una carga atómica para fines pacíficos era algo tan extraño que el mundo no acabaría de entenderlo y habría de formular mil hipótesis distintas. Lo mismo sucedería a la policía.

—Todo va bien, Lear —dijo Svendy satisfecho, mirando a los dos

durmientes.

—Sí, el gas es tal como dijeron. Ha salido lentamente del artefacto que le hemos puesto al camión al ponerse éste en marcha y menos mal que se ha ventilado al abrir la portezuela, que si no ahora nosotros también estaríamos dormidos.

—Esos tipos de la secta de los Supervivientes, o como se llamen, saben bien lo que se traen entre manos.

—Da gusto trabajar con esos fanáticos. No cometen fallos. Lo estudian todo fríamente y luego pagan con esplendidez y puntualidad. Es mejor así que cometer robos de poca monta.

El camión avanzaba por las calles parisinas y a nadie le sorprendía ver un vehículo tan pesado y con el rótulo de peligro, conducido por dos gendarmes. Era lógico que fuera así.

Lear miró por el espejo retrovisor y vio que el «Citroën» con Audrey y Charles les seguía a prudente distancia. Todo salía bien.

—Esos tipos sólo han cometido un fallo, ¿eh, Lear? —comentó Svendy.

—¿Cuál?

—El que Charles se enterara por casualidad, al escuchar una conversación entre ellos, de cómo se llama su grupo.

—Es cierto. Lo llevan muy en secreto, pero Charles nos lo ha contado y ya somos más en el secreto, aunque a él le hicieron jurar que no lo revelaría a nadie.

—Me hubiera gustado ver a Charles ante las fauces del león, como dijo que le pusieron. Sus piernas temblarían más que las de una quinceañera ante Johnny Holliday pegando berridos.

—No parecen muy peligrosos, pues no lo mataron para silenciarle la boca. Charles siempre ha sido un bocazas, por eso estamos nosotros también en el secreto.

—Sí, pero ellos ignoraban que era un bocazas. Gran error, pero ahora ya es demasiado tarde para enmendarlo.

—Bueno, ellos que hagan lo que quieran con esta carga. Nosotros cobraremos el medio millón de francos nuevos y listos.

—Sí, eso es. A partir de hoy, las compañías eléctricas que deseen montar sus centrales termonucleares con cargas de uranio enriquecido, van a poner escolta para que no les roben su preciosa carga —rió Svendy.

El camión maniobró hábilmente, torciendo hacia una calleja

estrecha.

Por último, se introdujo en un taller para reparaciones mecánicas ya en desuso.

El local era profundo y el vehículo pudo internarse hasta el final del mismo. Tras él penetró el «Citroën» y un hombre, que había estado observando la operación, salió de un recoveco apresurándose a cerrar el portón.

—¡Leopold! —interpeló Audrey apeándose del auto.

—Hola, Audrey. Veo que todo ha salido bien. ¿Os han seguido?

—No. Charles y yo hemos vigilado bien.

—Puede estar seguro, amigo, nadie nos ha seguido. Ha sido un trabajo fácil, rápido y perfecto. Así trabajamos nosotros.

—Bien, si les necesitamos ya les encargaremos otro trabajo —repuso Leopold.

Leopold era un hombre singular. Alto, de piel aceitunada, su edad frisaría en los cuarenta, pero bien llevados gracias a su delgadez.

Destacaba en él, aparte de una mirada penetrante, la gran arracada en forma de aro que colgaba de una de sus orejas. Leopold no podía negar que era zíngaro.

Lear y Svendy se apearon del camión, acercándose al grupo. El primero de ellos preguntó:

—¿Vamos a cobrar ya?

—No —denegó Leopold, un hombre cuyos movimientos debían ser muy ágiles.

—¿Por qué no? El trabajo ya está terminado —arguyó Svendy.

—Cobrarán mañana, como estaba pactado. Ahora no traemos, el dinero. Es difícil reunir doscientos cincuenta mil francos nuevos para dárselos a ustedes limpiamente cuando ya han cobrado otra cantidad igual por adelantado —replicó Audrey.

—Pero mañana tendrán el dinero, ¿verdad? —inquirió Charles con cierto desafío en su tono.

—Desde luego. Siempre cumplimos nuestra palabra.

—No sean estúpidos, mañana cobrarán —apoyó Audrey—. Leopold lo dice. Con una noche de recaudación del circo tendremos el dinero listo para mañana.

—Bien, compañeros —dijo Charles—, tendremos que aguardar hasta mañana. Pasaremos a cobrar por el circo después de la

función de noche, ¿no es eso?

—Sí —asintió lacónico Leopold.

Los tres hampones sabían perfectamente que aquel gitano podía resultar muy peligroso si se lo proponía. Era un tipo frío y duro. Los hombres del bajo mundo sabían calibrar con rapidez la personalidad del prójimo que hoy era su amigo y mañana podía ser su enemigo.

—Hemos dejado a los dos empleados de la compañía de transportes dentro del camión —indicó Svendy para romper el hielo que se había formado entre ellos en pocos instantes.

—Ya nos ocuparemos nosotros de eso. Ahora, ya pueden marcharse y no les aconsejo que hablen de este asunto a nadie. Le resultaría peligroso en todos los sentidos.

Lear, algo más impetuoso que sus compañeros, se apresuró a decir:

—Si nos atrapa la policía, iremos todos a «chirona», no lo olvide.

—Ya lo sabemos —replicó la propia Audrey—; por eso les conviene más no hablar. Después de todo, les hemos pagado muy bien por un caso de simple robo sin armas.

—Eso es cierto, ha sido un trabajo de niños —admitió Charles—. Aunque nos prendiera la policía por este delito, no nos saldría mucho tiempo del hotel. —Se volvió hacia los dos uniformados—. Vámonos. Todo está en orden. Ahora allá se las compongan ellos con este trasto —señaló el camión—. No sé cómo van a sacarlo, porque se va a ver desde muy lejos.

—Salgan con el coche. Yo me encargaré de abrirles la puerta.

El «Citroën» abandonó el taller y Leopold se apresuró a cerrar la puerta.

Osando Audrey y el extraño y grave gitano quedaron a solas, la chica preguntó:

—¿Crees que el profeta estará satisfecho?

—Sí, no cabe duda, estará muy satisfecho, pero esto sólo es el principio de nuestra arca. Va a costar muchos esfuerzos y vidas construiría para tenerla a punto para el día señalado y tú lo sabes mejor que nadie como sacerdotisa que eres de nuestra fe.

—A veces, Leopold, pienso...

—¿Qué?

—Que sin ti el profeta no podría llevar adelante nuestra secta.

—Todos tenemos nuestra misión, Audrey. El profeta tiene la de prevenirnos, dirigimos y agrupar nuestra familia. Yo soy la parte dinámica, como dirían los científicos. Me cuido de que todo esté en orden y de allanar los obstáculos que se presenten.

—Leopold, eres frío como el hielo y estás tan seguro de ti que por ello me siento tranquila cuando estoy suspendida en el vacío a merced de tus manos, de tus músculos.

—Sí, pero me conoces poco. Si te convirtieras en enemigo de nuestra causa, no dudaría en soltarte en el instante más crítico de nuestra actuación. Quizá no llegara a tiempo cuando dieras el doble salto mortal, soltándote del trapecio... No olvides jamás que actuamos sin red.

—Leopold, ¿por qué me amenazas? —inquirió entre sorprendida y asustada ante las palabras del gitano compañero suyo en el número fuerte del circo que había extendido su carpa en la Ciudad Luz.

—Porque no quiero que nadie olvide cuál es mi misión: allanar obstáculos. Ahora, creo que he hablado demasiado.

Leopold se apartó de la fémina y ésta tuvo la impresión de que aquel hombre frío e implacable, capaz de matar a su propia madre sin pestañear, la liquidaría tranquilamente si lo consideraba oportuno.

Fugazmente, como no queriendo retener tal pensamiento en su mente, se dijo que aquel hombre supersticioso, propio de la idiosincrasia de su raza, creía en lo que el profeta decía, pero no en el resto de su doctrina. Lo que aquel hombre pretendía, a toda costa, era salvarse a sí mismo, cayera quien cayera.

Desde el lugar donde se había quedado quieta, Audrey vio cómo Leopold, que pese a su delgadez poseía músculos de acero, sacaba a los dos empleados de la cabina y los arrojaba al suelo sin miramientos.

Las dos víctimas en aquel robo permanecían aún inconscientes, aunque de cuando en cuando sus cuerpos se retorcían. Al parecer, el efecto del gas tóxico iba pasando.

—¿Qué vas a hacer, Leopold? —preguntó Audrey.

—Lo necesario. Estos hombres despertarán antes de cinco minutos, el efecto del gas ya está próximo a extinguirse y dentro de quince minutos llegarán los hermanos.

Leopold abrió una caja de madera que había junto a la pared, lo suficientemente grande como para que cupieran los dos hombres dentro de ella. Cuando ambos estuvieron en su interior, el gitano sacó una pistola con silenciador acoplado.

—¿Qué vas a hacer, Leopold?

—Audrey, preguntas demasiado y no es conveniente. Tu misión es la de ser la sacerdotisa de nuestra secta.

Audrey, conocida en el mundo circense por Alda, apretó los labios y dio la espalda al zíngaro.

Oyó unos disparos hechos con silenciador. No resultaban escandalosos, pero era igualmente mortales.

Cuando Audrey se volvió, el taller olía a pólvora quemada y Leopold cerraba la caja conteniendo ahora dos cadáveres, dos víctimas asesinadas a sangre fría.

—¿Por qué lo has hecho, Leopold?

—Era imprescindible. Para que todo salga bien no hemos de dejar rastros. Cuando lleguen los muchachos se encargarán de sepultar la caja aquí mismo en este taller y le echarán un poco de cemento encima. Nadie podrá encontrar la improvisada tumba.

—El profeta no quiere sangre.

—La sangre es imprescindible y todos los hermanos lo saben. Incluso el profeta la acepta cuando ha ocurrido.

Audrey tuvo que admitir que aquello era cierto. Siempre había tenido la duda de saber si el profeta proclamaba que no quería sangre para aparecer pacífico ante los que le seguían y luego daba las órdenes de un modo secreto a Leopold.

Sin embargo, procuraba no resolver muchas de las preguntas que su menté planteaba, pues creía fielmente en las profecías del maestro de la Secta de los Supervivientes. Por ello trataba por todos los medios de acallar sus escrúpulos de conciencia.

—Podías haber encargado a Charles, Lear y Svendy, que se encargaran de esos dos —dijo señalando la caja.

—No hubieran aceptado mancharse las manos de sangre. Son profesionales y saben a lo que se exponen cuando son atrapados. Esos hombres son ladrones expertos, pero jamás matan. No les interesa, saben que irían a la guillotina. Claro que lo que ignoran ahora es que este robo ha sido con asesinato.

—Pero ellos no han sido —observó Audrey.

—Eso les sería muy difícil de demostrar en un juicio. Sin embargo, no hará falta. Esos tres hombres terminarán mañana.

—¿Quieres decir...? —inquirió asustada.

—¿Por qué crees sino que los hemos contratado a ellos y no han hecho el trabajo de robar la carga de uranio, nuestros propios hombres?

—No sé, creí que ellos eran más expertos.

—Bah, nuestros hermanos podrían haberlo hecho igual. El plan estaba organizado perfectamente desde el principio. Teníamos estudiado hasta el más mínimo detalle, no podía fallar.

—Entonces...

—Audrey, hemos de proseguir con nuestros hermanos hasta el final. Cada uno de ellos es necesario en nuestra secta. Todos están muy bien adiestrados para el trabajo que han de realizar, inclusive los demás hermanos que se unirán al grupo cuando llegue el momento de que su ciencia sea precisa.

—Pero si el trabajo no podía fallar, los hermanos no hubieran salido perjudicados.

—Siempre existe una posibilidad de fallos, Audrey. Esos tres hombres pueden haber dejado alguna pista que nosotros ignoremos. Cuando mañana desaparezcan, toda posible pista sobre el robo se habrá esfumado. Hay que saber borrar los rastros, Audrey, tú me comprendes, ¿verdad?

—¿Vas a enterrarlos como a esos dos infelices? —indicó la caja.

—Oh, no, seguramente las fieras tendrán hambre.

Audrey abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Las fieras del circo?

—Sí, has oído bien.

—Pero si saborean la sangre humana pueden resultar tremendamente peligrosas para Igor.

Leopold sonrió fríamente.

—Así, su espectáculo será más arriesgado y tendrá más mérito. Claro que él no lo sabrá. Aprovecharemos que mañana cogerá una de sus habituales borracheras, esas borracheras que el miedo le impulsa a coger, porque Igor no es el valiente domador a quien todo el mundo aplaude cuando está en su jaula con los leones, los osos o los tigres. No, Igor es un cobarde que se sostiene a base de alcohol.

Audrey quiso replicar, pero en aquel instante sonó en el exterior

un claxon de forma especial.

Leopold se dirigió a la puerta y la abrió una vez más, dejando pasar a un camión mucho más ligero que el anterior.

—¿Todo va bien? —preguntó Fedor, otro gitano, pero más bajo y robusto.

—Sí, perfecto. Que los hermanos se pongan a trabajar inmediatamente y que dos de ellos cavén un agujero para enterrar aquella caja y todos los desperdicios que dejemos después del trabajo. ¿Habéis traído el cemento y la arena necesarios?

—Sí, Leopold, no te preocupes. Todo se hará como tú habías previsto.

El taller quedó nuevamente aislado del exterior al cerrarse su puerta.

Al levantarse la capita del segundo camión saltaron diez hombres que habían permanecido ocultos bajo el toldo.

Audrey observó la febril actividad de aquellos hombres especializados para trabajar en equipo, hombres capaces, junto con el resto de la plantilla, de levantar el complicado andamiaje circense en dos o tres horas.

Del pequeño camión salieron piezas metálicas, calculadas de antemano, que fueron acoplándose sobre el cilindro rojo robado a la salida de la estación de Austerlitz.

La cabina del camión también fue cambiada a piezas. Los sopletes de soldadura autógena chisporrotearon mientras otros preparaban ya la pintura de secado instantáneo y un tercer grupo se ocupaba de colocar el resto de piezas que semejava un rompecabezas.

Cuatro horas más tarde caía el hormigón sobre la fosa que ocultaba dos cadáveres y los desechos de aquella operación en la que el tiempo era el gran rey.

Cuando los dos camiones abandonaron el taller, el vehículo de tres ejes, pesado en su movimiento y grande en su poder, en nada se parecía al transporte que partiera de la estación de Austerlitz.

Tras el camión ligero, avanzaba pesado un vehículo con cabina de distinta marca de fabricación, pintada en amarillo. El gran cilindro había quedado escondido bajo una monumental cuba con tres compuertas superiores a las que no faltaban las válvulas de seguridad propias en los camiones de transporte para combustible

líquido ni los gritos en su parte posterior.

El camión se había convertido, incluyendo su carga, en un transporte de fuel-oil propiedad particular del Circo Oriental.

Ya nadie podría asociarlo al robo del uranio. El audaz golpe había sido llevado adelante con éxito completo.

Leopold estaba satisfecho y Audrey, a su lado, por primera vez se sintió incómoda. Sin embargo, trataba de convencerse diciéndose que era lícito cuanto hacía en pro de la causa que haría perdurar en el futuro la especie humana, representada en ellos, pues sólo los supervivientes escaparían a la destrucción de su dios.

—Sé lo que estás pensando, Audrey —dijo Leopold sin mirarla.

—¿Ah, sí? Eres muy inteligente —repuso ella sentada entre el chófer del camión ligero y Leopold. Avanzaban por el centro de París en dirección al circo, que era su nido.

—Sí, lo soy y adivino el pensamiento, no lo olvides. Por eso es mejor que te convenzas de que toda gran causa exige sus víctimas, a las que no hay que conceder importancia. Hay que pasar sobre ellas para que no nos impidan llegar a nuestra meta. Ten por seguro que nuestra causa es la más importante que ha tenido el ser humano después del Arca de Noé. El profeta lo explica bien claro. Además, ¿por qué hemos de preocuparnos por unos cuantos que caigan un tiempo antes, cuando en el momento preciso morirán todos menos nosotros, que somos los elegidos?

CAPÍTULO IV

Val bostezó. Había tenido un largo sueño y aún se sentía cansada.

Salir de noche por las *boites* parisinas en compañía de Slim O'Brien

Soon era algo maravilloso, magnífico, pero también agotador.

Se colocó un cómodo bikini casi negro y, sobre él, una bata de gasa rosada.

Se acercó al aparato de televisión, del que estaban provistas todas las habitaciones del hotel la Chatte Blane y se dejó caer sobre el sofá.

Terminaba un programa de telefilmes seriados y comenzaba un servicio informativo cuando oyó un silbido de admiración casi encima de su oreja.

No pudo por menos que dar un brinco, ya que creyéndose sola la había sobresaltado la presencia de alguien en su *suite*.

—¿Quién...? ¡Slim! —exclamó al reconocer al hombre.

El norteamericano estaba junto a la atractiva rusa con un periódico en la mano, pero sus ojos se hallaban clavados en la bella y curva silueta de la mujer.

—Val, sabía que estabas bien, pero ahora me doy cuenta de que estás como un tren.

—En Rusia no decimos esas vulgaridades —replicó ella.

—Porque no habrá libertad de expresión.

Val comprendió que en la dialéctica no iba a ganar a aquel hombre. Después de todo, íntimamente se sentía halagada por las palabras del americano.

—¿Cómo has entrado en mi habitación? ¿Desde cuándo estás aquí dentro?

—¿Cuándo te has levantado de la cama? —inquirió él a su vez.

—Hace apenas unos minutos, el tiempo para vestirme, bueno, para ponerme lo que llevo y conectar la televisión.

—Entonces, desgraciadamente, sólo hace medio minuto que he llegado.

—¿Por dónde? No te he oído llegar.

—Soy algo silencioso, es parte de la veteranía en la profesión. En cuanto al lugar, ha sido por el cuarto de baño. Resulta que cada dos habitaciones comparten un cuarto de baño que se comunica con dos puertas.

—Ya lo he visto. Cuando se abre una puerta, la otra queda cerrada e inaccesible automáticamente por un mecanismo eléctrico. Es lo que me explicaron al llegar aquí.

—Sí, a mí también; claro que la mecánica y la electrónica no se me dan mal y ha sido bastante fácil hacer saltar el resorte y entrar.

—¿Qué...? ¿Es que ni aquí dentro podré tener un poco de intimidad? —protestó enfadada.

—Hemos de trabajar en colaboración para no molestarnos mutuamente. No olvides que representas a la URSS y yo a USA y que en esta historia los malos son unos terceros, quizá unos cuartos.

—No desvíes la conversación. Tu habitación no era la contigua a la mía —puntualizó ella.

—No lo era, pero ahora lo es. La gerencia del hotel ha tenido a bien mudarme. A veces, en nuestra profesión no está de más tomar precauciones semejantes. Si alguien nos sigue, queda despistado. Hasta logra evitarse una puñalada o dos disparos mientras uno está en los brazos de Morpheo.

—¡Cínico! Ya sé para qué te has instalado aquí a mi lado.

—¿Te ha costado mucho adivinarlo?

—¡Slim!

—No protestes, cariño, te harás vieja antes de tiempo y eso no lo perdonan los hombres ni las buenas amigas. Ahora, escucha, creo que he descubierto algo interesante —dijo mientras como fondo se escuchaba la voz del locutor galo narrando las principales noticias llegadas de Vietnam y Oriente Medio.

—Supongo que con todas las mujeres te comportas lo mismo.

—Si son hermosas como tú, ¿por qué no? Tú eres partidaria del comunismo, ¿no? Pues todas iguales.

Slim tuvo la impresión de que la fémina quería asesinarlo, pero

no hizo caso. Val, como buena y preparada agente soviética que era, sabría contenerse.

—A ver, ¿qué es lo que te parece interesante? —preguntó Val ya más tranquila.

—Este periódico que acaba de salir trae una noticia explosiva. Aún está calentito. Anda, lee tú misma.

Val tomó el diario y leyó la noticia insertada con grandes titulares.

«Ha sido robada una carga nuclear consistente en uranio enriquecido y destinado a una central eléctrica termonuclear que ha de abastecer parte del sector eléctrico de la capital. La carga en cuestión estaba montada sobre un camión “Chausson” de gran tonelaje y ha desaparecido misteriosamente. Los dos hombres que lo conducían también han desaparecido y se supone que dos gendarmes o dos hombres que vestían el uniforme de los agentes de seguridad se han apoderado del camión en pleno París, esfumándose con él. Todas las patrullas móviles lo buscan febrilmente. Los helicópteros, en las carreteras de cercanías, investigan metro a metro y los agentes indagan en todos los garajes. Sin embargo, hasta el momento no se tienen noticias de la carga nuclear. La policía guarda en secreto las pesquisas que está realizando para no dar facilidades a los ladrones, pero quien redacta esta noticia se pregunta lo mismo que cincuenta millones de franceses: ¿Para qué han robado el uranio enriquecido?».

—¿Qué te parece, Val?

—Es un caso extraño y apasionante que dará la vuelta al mundo, pero no comprendo por qué le das tanta importancia.

—Porque estoy convencido de que esta noticia está Relacionada íntimamente con nuestro asunto, claro que por ahora no pienso decir nada a los hombres de la «P. J.» parisina que deben estar

haciéndose mil preguntas a las que no hallan respuesta.

—¿Insinúas que han sido los hombres del embajador de Costa Larga los que han robado esa carga nuclear?

—Todavía está por averiguar.

—¿Entonces?

—Val, los que han robado los planos para la construcción del submarino atómico, precisamente, algo muy importante y de difícil obtención.

—¿La carga atómica para poner en funcionamiento el submarino?

—Exacto, y eso es lo que han robado. Por lo que he leído en el periódico, la carga atómica desaparecida es suficiente para que el submarino pueda navegar durante diez años.

—Pero ¿dónde iban a construir ese submarino?

—En cualquier país hispanoamericano, en algunos astilleros secretos de Grecia, en alguna parte de África o quizá la propia Costa Larga disponga de un astillero. Llevando el acero y algunos técnicos y teniendo los planos y la carga nuclear para su fuerza motriz no tendrían demasiados problemas. Parece que quienes están detrás de todo esto albergan la idea fija de construir ese submarino atómico de diseño norteamericano y gastando muy poco, ya que emplean el método del robo y la sedición.

—Aguarda, Slim, en la televisión están dando algo al respecto.

En efecto, el locutor francés había dado una breve reseña y terminaba diciendo:

«Vean las últimas secuencias tomadas del desaparecido camión que transportaba la carga atómica para fines pacíficos, por lo cual la población civil no debe alarmarse, ya que no existe peligro de que sea transformada en artefacto explosivo según boletín del Gobierno».

Las imágenes que pudieron ver a continuación mostraban al camión abandonando la estación para pasar al Quai d'Austerlitz.

El cameraman de la televisión había filmado el alejamiento del transporte hasta perderse en el tráfico bullicioso de la gran ciudad.

—Fíjate en ese «Citroën» —indicó Slim.

—¿Ése? No le veo nada de particular.

El hombre se dejó caer en el sofá junto al teléfono. Con el aire

propio de quien no ha hecho nada mate y que está a punto de descubrir algo de sumo interés, dijo:

—Creo que tenemos una buena pista.

—Yo no he visto nada en ese coche —dijo ella.

Pensó que debía tomar a Slim tal como era, de otra forma sería imposible convivir con él.

—Ese auto tenía los cristales polarizados, de lo contrario se hubiera podido ver quiénes iban en su interior.

—¿Crees que está relacionado con el robo?

—Yo diría que sí. El coche ha ido tras el camión para luego apoderarse de él en el momento preciso.

—¿Y después?

—Llevarlo a algún lugar para su transformación y camuflaje. Hemos de darnos prisa en averiguar ese rastro. Si se nos adelanta la PJ, el lío será un poco más gordo y tendremos un nuevo asociado en esta investigación.

—¿Francia?

—Me temo que sí.

—Pues como se presente después un inglés... —ironizó ella.

—Será como estar de nuevo en Berlín. U. S. A., Rusia, Inglaterra y Francia, claro que ahora también está metida en el lío Costa Larga.

—Al finalizar la guerra también estaba Alemania —observó ella buscando concomitancia con la terminación de la guerra mundial en Berlín y el problema que vivían.

—Sí, por eso han ido tan mal las cosas.

—¿Estás acusando a mi país? —inquirió ella altiva.

—No seas tan susceptible, cariño. No he hablado del muro de Berlín todavía. —Carraspeó.

—Si piensas ofenderme, creo que será mejor que trabajemos por separado, que cada cual investigue lo que pueda. Ya veremos quién llega antes al final del caso.

—Por mí, como gustes. Me iré a telefonear a mi habitación. —Se puso en pie decidido a marchar hacia la puerta que comunicaba las dos habitaciones a través del cuarto de baño—. Por cierto, ¿tú te has fijado en la matrícula del coche?

—Pues no...

—Yo sí. Creo que voy a llegar antes que tú al final del caso.

—¿Eh, eh? —Val lo retuvo cogiéndole materialmente por el brazo.

—¿Qué sucede, cariño? ¿No puedo pasar a través del cuarto-lavabo o es que te molesta que sea tu vecino?

—No, no me molesta nada, sólo que te he gastado una broma. ¿Verdad que seguiremos unidos? —le preguntó con voz grave, sensual.

Val demostró que, pese a ser una excelente camarada, también podía ser una espléndida descendiente de Eva.

Acercó su cuerpo al del hombre. Dejó que ambos se estrecharon ligeramente y pasó su mano por la nuca masculina, ensortijando los dedos en el cabello varonil. Esta vez fueron los labios femeninos los que buscaron los de Slim.

—Está bien, preciosa, me has demostrado que sabes ser convincente. Seguiremos unidos. Creo que si en la O. N. U.

emplearan estos métodos habrían menos discusiones, aunque me temo que las sesiones se alargarían mucho más.

—¿Qué matrícula has dicho que era, Slim?

—Eso se lo diré a un buen amigo mío. Escucha.

El hombre tomó el teléfono. Marcó los guarismos en el disco y esperó hasta oír una voz femenina al otro lado del hilo.

—Soy

S. O. S.,
amor.

—

¿S. O. S.?

¡Cariño, digo, canalla, rufián! ¿Por qué me diste plantón? ¡Nunca jamás vuelvas a pensar en raí!

—Sí, cariño.

—¡Te odio!

—Sí, cariño.

Mientras la voz femenina continuaba desgranando en francés toda clase de improperios, el norteamericano ponía cara de circunstancias, como no importándole lo que escuchaba.

Tapó parte del teléfono y dijo a Val con aire de víctima:

—Es una antigua amiga que tiene un puesto clave en el ministerio de Industria.

—¿Ah, sí? Pues no parece muy burócrata. Por la forma de expresarse más bien diría que estás hablando con una de las chicas del coro del Folies Berges.

—Charlotte dice que gana más en el Ministerio, atraque no por ello está librada de enseñar sus hermosas piernas a algún jefe de vez en cuando.

La voz de la polvorilla francesa amenazó al otro lado de la línea:

—¿Es que no me escuchas? ¡Voy a colgar!

—No, Charlotte, tienes que hacerme un pequeño favor.

—¡No te hago favores de ninguna clase!

—Verás, estoy interesado en conocer el nombre del propietario de un «Citroen-DS», matrícula 4710 SG 75.

—¿Me prometes que saldrás conmigo?

—No faltaría más —se apresuró a decir al tiempo que a los ojos de Val se encogía de hombros como si fuera una víctima atrapada en el cepo.

Val esbozó un gesto despectivo. No podía negar que le molestaba la situación.

—¿Cuándo salimos? —quiso concretar Charlotte.

—Mañana por la noche. Pasaré a buscarte por tu apartamento.

—De acuerdo,

S. O. S.,

pero como no vengas, cuando vuelva a encontrarte te sacaré los ojos.

—De acuerdo, pero date prisa en darme el dato que necesito. Te espero.

—Parece muy violenta tu amiga —dijo Val.

—¿Has oído bien sus gritos?

—Por lo que chillaba y con el excelente oído que tengo, sí. La verdad, me parece muy vulgar su forma de expresarse.

—Es posible, pero está llena de vida. Si yo te contara...

Val se dejó caer en un sillón mientras esperaban oír de nuevo la voz de Charlotte. La rusa se hizo la distraída, como dando a entender que el hombre no le importaba.

—

S. O. S.,

el coche que me has dicho perteneció primero a una mujer llamada Madeleine Gaben y lo vendió de segunda mano a un tal Charles

Agnie.

—Gracias, cariño. ¿Algo más?

—No.

—Pues hasta mañana y muchas gracias —repitió expeditivo apresurándose a colgar.

—¿Es ese Charles Agnie nuestra siguiente presa? —inquirió Val.

—Sí.

—Será fácil dar con él. Quizá hasta tenga teléfono en la guía.

—Si pertenece al mundillo del hampa, tengo un método más rápido y directo para localizarlo.

—¿Cuál, preguntar a la policía judicial de París? —interrogó con sorna.

—No, se lo preguntaré a Brigitte. ¿Ella conoce a muchos hampones en París?

—¿Otra mujer? —inquirió sorprendida.

—Sí, es la propietaria de tres clubs de esos de *strip-tease*.

—Será un elemento de cuidado.

—Brigitte es muy fuerte en su mundo.

—¿Y más hermosa que Charlotte? —preguntó despectiva, como no teniendo interés en escuchar la respuesta.

—Ahora mismo voy a verla.

—¿Por qué no la telefoneas?

—Porque ésta es la hora de su paseo y no la encontraría en su apartamento ni en ninguno de sus antros.

Con rápidas zancadas, Slim se alejó hacia el lavabo, pero ella exclamó:

—¡Eh, espera, espera, yo también voy! ¡No olvides que trabajamos juntos!

—Me pongo la chaqueta y espero tres minutos en el corredor junto al ascensor. Si no has llegado para ese tiempo, me largo solito.

—¡Tramposo! —gritó ella.

Slim pasó a través del cuarto-lavabo, dando un portazo.

Se colocó la corbata y se ajustó la pistolera bajo la axila, pues, aquella noche, probablemente, sería muy larga. Tras ponerse la chaqueta de modo que no se notara la

«P-38»,

abandonó su alcoba en dirección al ascensor.

—¡Val! —No pudo por menos que exclamar.

En efecto, la chica le esperaba junto a la puerta del ascensor. Su cabello lacio le caía sobre los hombros y vestía un sencillo vestido color carmesí muy minifaldoso.

—También sé ir aprisa cuando me interesa.

—¿Sabes cariño que con tus cualidades serías una perfecta esposa?

En aquel instante se abrió de forma automática la doble puerta del elevador y antes de que ella respondiera, Slim le dio una palmada donde la espalda deja de ser espalda. Val se introdujo en el camarín abriendo la boca para lanzar una exclamación de protesta, pero que no llegó a decir.

Ya en la calle, tomaron el deportivo «Mercedes-Benz» y se dirigieron al barrio de Montparnasse, adentrándose en los jardines de Luxemburgo.

—¿Viene a oxigenar aquí sus pulmones la tal Brigitte? —preguntó Val apenas el hombre hubo aparcado el automóvil.

—Sí, aquí respira a gusto y se quita de encima la atmósfera densa de sus clubs.

Slim se apeó y Val fue tras él, acomodándose a su paso, ya que no estaba dando un paseo precisamente.

—¿Estás seguro de que vas a encontrarla?

—Sí.

Anduvieron por entre dos hileras de cipreses saliendo luego a una rosaleda protegida por setos de recortado boj.

En los bancos del jardín habían lo mismo jóvenes parejas que ancianos gozando del ocaso del día, rodeados de aquella selecta vegetación que olía a gasolina quemada, olor que invadía toda la ciudad y más en los días de neblina.

—Bueno, ya hemos encontrado a Brigitte —exclamó Slim en voz baja, satisfecho.

Val quedó un tanto asombrada, pues no divisaba a la tal Brigitte por ninguna parte.

Miró alrededor y sólo desentonó a una pareja de adolescentes que jugueteaban con sus labios saboreando las primicias del amor. En otro banco, una venerable ancianita hacía tricot y, en un tercero, dos viejas se contaban sus cuitas apoyando las manos sobre sendos bastones.

—¿Dónde? Yo no la veo.

Slim se detuvo ante la anciana que apartó su mirada de las largas agujas.

—Aquí está Brigitte.

—¡Oh! —exclamó Val entre sorprendida y molesta—. Slim, eres un canalla, un aventurero.

—Empiezas a decir las mismas cosas que Charlotte a través del teléfono.

—¿Qué ocurre, niña? —preguntó la anciana que, si bien sonreía con frecuencia, debía poseer un rostro austero y algo duro.

Sin embargo, allí, rodeada por la cuidada y esmerada vegetación, aparecía mucho más afable.

Val se cruzó de brazos con rabia y tuvo que contener sus labios para no soltar más improperios. Al fin, optó por responder a la anciana para desahogarse mucho mejor.

—Pues que ese embustero me ha dicho que usted es Brigitte.

—Pues yo no le llamaría embustero, es cierto que me llamo Brigitte.

—¿Que se llama Brigitte? Bueno, será una casualidad. En la vida se dan tantas... Es que él ha dicho que la conocía.

—Claro que sí, y yo también le conozco a él, ¿verdad,
S. O. S.?

—Naturalmente que nos conocemos, lo que ocurre es que la chica es algo desconfiada. En secreto te diré que es rusa.

—Ah, así se comprende —respondió Brigitte, prosiguiendo con su labor.

—Pero, pero... ¿Es que pretenden burlarse de mí?

—Nadie se burla de ti, hijita. Anda, siéntate a mi lado, y tú
S. O. S.,

al otro lado, de lo contrario no podrías tener las manos quietas, que te conozco.

—Tú siempre tan sagaz, Brigitte.

—¿Es que no comprende que es un aventurero? ¡Me ha dicho que usted, que usted...!

—¿Que yo qué? —preguntó mirándola directamente.

Val explotó:

—¡Me ha contado que usted tiene tres clubs donde se hace el...!

—¿*Strep-tease*? —completó la propia Brigitte.

—¡Sí!

—Pues es cierto. ¿En qué más piensas que Slim te ha engañado?

Val exhaló un largo suspiro y se dejó caer sentada en el banco junto a la anciana. Estaba vencida.

—Me rindo. Es más de lo que podía imaginar.

—

S. O. S.,

tendré que observarte mejor. Hasta ahora sabía que engañabas a las chicas. Lo de ahora es distinto. Les dices la verdad y no te creen.

—Parece imposible que usted pueda poseer tres clubs de esa clase.

—¿Es que quieres trabajo, hijita?

—¿Yo? Oh, no, claro que no.

—Ya, sólo debes trabajar para

S. O. S.

Val enrojeció hasta la raíz de los cabellos ante la doble intención de las palabras de la extraña y aparentemente ingenua viejecita. Slim la contuvo.

—No te molestes. Val. A Brigitte le agrada gastar bromas de cuando en cuando.

—Sí, ya veo.

—Bien,

S. O. S.,

¿a qué has venido a buscarme, qué te hace falta? No será algo relacionado con la chica, ¿verdad? Por cierto, es una belleza.

—Gracias, señora —dijo Val entre dientes—. Viniendo de usted esa opinión, puede calificarse como de técnica.

—Así es. Si una chica no está bien, si carece de ese atractivo que encandila a los hombres, no la contrato. Ah, hijita, el negocio es el negocio. —Y siguió haciendo punto de media.

—Brigitte, me interesa saber de alguien.

—¿Su nombre?

—No sé todavía si pertenece al mundillo del hampa, pero es muy posible que así sea. Estoy como jugando a los acertijos.

—Bien, suelta su nombre.

—Charles Agnie.

Sin dejar de hacer punto de tricot, sobre el que mantenía su vista fija, la anciana repitió:

—¿Charles Agnie, Charles Agnie...? Creo que sí lo recuerdo.

—¿De dónde?

—Suele frecuentar la boíte Maillot. ¿Sabes dónde está?

—¿Es una de las tuyas? —inquirió Val.

—No, hijita, París tiene muchos clubs, muchas boites por desgracia y la competencia es muy dura.

—Entonces, iré a Maillot —respondió Slim.

—Toma —la vieja sacó de su bolsillo una tarjeta, que tendió a Slim, En ella sólo se leía Brigitte y habían tres estrellas rojas colocadas en vertical bajo el nombre—. Entrégala a André, es el encargado de la boíte. Lo encontrarás en el mostrador. Dile que vas de mi parte.

—Gracias, Brigitte. Si precisas de mí, ya sabes, búscame.

—¿En dónde, granuja? Es más difícil dar contigo que encontrar un taxi libre a las cinco de la tarde.

—Val, vamos; hay prisa.

Y dejaron en el jardín a la beatífica anciana, que seguía haciendo punto de media y gozaba del olor y la visión de las flores. París era siempre París.

CAPÍTULO V

La boîte Maillot resultó un antro de baja categoría radicado en una callejuela próxima a la plaza de Pigalle.

En el tiempo que llevaba en la Ciudad Luz, Val no había hecho más que el turismo social de costumbre. La torre Eiffel, el jardín de Marte, el bosque de Bolonia y el Museo del Louvre, amén de las Tullerías, Versalles y el largo paseo por el Sena.

Pigalle era distinto. Rameruelas paseando a lo largo de las aceras con el bolso colgado de sus manos o medio escondidas en los portales, fumando cigarrillos que brillarían en la oscuridad como un rótulo de reclamo. Val miró a un lado y a otro hasta que Slim la detuvo.

—Creo, Val, que será mejor que me esperes en el coche.

—¿Por qué?

—Aquí puede haber camorra.

—Tú lo que pretendes es librarte de mí por si ese tal Charles Agnie te cuenta algo sobre la carga atómica robada.

—Claro y tú crees que si les cuentas eso a tus jefes tomarán mayor interés en el asunto. Unos planos robados a los Estados Unidos y una carga atómica robada al Gobierno de Francia.

—Yo no hago trampas —replicó ella—. Un trato es un trato y yo lo cumplo.

—Mira, cariño, aquí ya no se trata de engañarnos el uno al otro. Yo te contaré luego lo que suceda, te doy mi palabra.

—No quiero marcharme, iré contigo. El trato es ir juntos a todas partes —insistió ella.

—Es que esto es peligroso. ¿Quieres que te confundan con una de esas chicas que andan por la calle y luego se arme camorra?

—Sé defenderme sola.

—Está bien, está bien. Supongo que me costaría menos enseñarle trigonometría a un elefante que hacerte cambiar de pensamiento.

—Me satisface que empieces a comprender.

A ambos lados de la puerta del club habían sendas fotografías de tamaño natural en las que podían verse y admirarse dos chicas de las que debían trabajar en el interior del local.

Descendieron por unas escaleras y apenas vieron el interior del tugurio.

Allí dentro habían más rameras, aunque éstas acogidas a la protección del local. Los tipos que deambulaban por allí eran de la peor catadura y muchos de ellos inspiraban verdaderos recelos y temores, entre ellos barbudos y pelilargos tunecinos o argelinos.

Slim sabía que con aquella gente no se bromeaba. Peleaban enseguida, con la navaja y el norteamericano no tenía deseos de dejar sangre tras sí. La Policía Judicial metería sus narices en el asunto y el caso se perdería, aunque luego el Gobierno francés le diera las gracias por haber enviado al infierno a una de aquellas ratas que tenían como cubil la boîte Maillot.

—Me están mirando —observó Val.

—¿No estás ya acostumbrada a que te miren? Eres muy hermosa —respondió Slim sonriente.

—Es que ese tipo lo hace de forma distinta. Me siento como si fuera desnuda.

—Ya te he advertido que era mejor que no entraras. Ahora, aguanta. Ah, y no respondas con tu mirada a nadie, no vayan a concebir ilusiones. Déjales que nos tomen por simples turistas.

Se acercaron al mostrador y un individuo de largos bigotes preguntó en francés:

—¿Qué van a tomar?

Slim le respondió en un francés bastante perfecto.

—Dos pernots, pero deseo hablar con André.

—¿Con André? Un momento, *monsieur*.

Pocos instantes después, a la par que la bebida pedida, se acercaba a ellos un sujeto con cuello de toro, fuerte constitución, pero muy bajo de estatura.

—¿Me buscaba?

—Brigitte me ha pedido que le entregue esta tarjeta.

El tal André asintió con la cabeza al tomar la tarjeta e identificarla.

—¿Busca algo o a alguien, *monsieur*?

—Sí, a un hombre llamado Charles Agnie.

—¿Charles Agnie? —repitió dubitativo.

—Sí.

—¿Para qué lo busca?

—Es cosa mía.

—Como *monsieur* quiera.

—¿Está en el local? Brigitte me ha dicho que frecuenta esta boite.

—Sí, sí está aquí.

—¿Ahora? —preguntó Val interviniendo.

—Sí, pero si buscan camorra les advierto que es un tipo peligroso.

—Sabremos arreglárnoslas. Díganos quién es.

—Ustedes son extranjeros, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tiene la policía algo que ver en esto?

—Por ahora, no, pero si nos pasa algo, sí. Nuestras embajadas respectivas intervendrían.

—Bien, *monsieur*. Encontrará a Agnie tras aquella cortina del fondo.

—¿Allí donde hay dos gorilas fumando?

—Sí, *monsieur* —sonrió el tal André—. Son, ¿cómo diría? Protectores del local. Si sucede algo malo, ellos intervienen. No teman, vayan allá, que ellos les dejarás pasar al otro lado de la cortina.

—¿Un garito?

—Algo así, *monsieur*. A Charles Agnie le gusta mucho jugar a las cartas y suele perder mucho dinero. Nadie se explica de dónde lo saca, porque hace tiempo que la policía no va tras su pista.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Val.

—Pues que Charles Agnie no da golpes, digamos que no ocasiona problemas a la policía y sin dar problemas a la policía ni trabajar, es muy difícil obtener dinero, *mademoiselle*.

—Comprendo.

—Gracias por su información, André.

Iban a apartarse del mostrador, pero el dueño de la boite les retuvo.

—¿No toman sus pernots? Paga la casa. Los amigos de Brigitte son mis amigos.

—Aceptado.

Procurando sortear las mesas se dirigieron después a la cortina que apenas se veía por la escasa luz y el exceso de vaho y humo de tabaco que había en el antro.

Los dos tipos que vigilaban los cortinajes debieron recibir algún aviso, pues se hicieron a un lado franqueándoles el paso sin que mediaran palabras entre ellos.

En aquel reservado había una pequeña ruleta y tres mesas de juego para cartas. En todas ellas había público y una bombilla individual iluminaba cada tapete verde.

Slim vio a un sujeto apoyado contra la pared. Intuyendo que era empleado de la boite se le acercó.

—Oiga, amigo, vengo de parte de André.

—¿Desea jugar a las cartas o a la ruleta?

—No, quiero que me diga quién es Agnie, Charles Agnie.

—Si le manda André... —señaló una de las mesas y agregó—: Es aquel que tiene un palillo entre los dientes. Si se lo llevan le liarán un favor; está perdiendo como siempre.

—*Merci*.

La pareja se acercó a la mesa de juego, colocándose tras el hombre que buscaban.

Slim le interpeló:

—¡Charles!

—¿Qué ocurre?

Agnie movía el palillo entre sus dientes mientras escrutaba receloso al americano. Sin embargo, la presencia de Val le dio algo de confianza. No parecían de la «P. J.».

—Queremos hablarle.

—¿De qué?

—Se trata de un negocio.

—¿Sobre qué?

—Eso se lo explicaremos en otra parte, amigo —replicó Slim al tiempo que miraba las caras hoscas de los demás participantes de la partida.

—Quedemos para otro rato. Ahora estoy jugando.

—Sí, ya lo veo y perdiendo. En cambio, con nosotros podría ganar.

—¿Cuánto?

—Cien.

—¿Cien francos? —prorrumpió en una carcajada, siendo secundado por los demás compañeros de juego, que también sonrieron.

—No me ha dejado terminar, Agnie. Le he dicho cien, pero faltaba añadirle cien billetes con el retrato de Molière.

Agnie lanzó un silbido.

—Eso parece mucho dinero, cincuenta mil francos nuevos... ¿Qué hay que hacer?

—Ya le he dicho que es mejor hablar en otra parte y no creo que sus compañeros de juego se molesten porque concluya la partida, ya que está perdiendo.

—De acuerdo. —Dirigiéndose a sus compañeros de mesa dijo—: Lo siento, mañana será otra noche.

—Ven mañana, Charles —le contestó—. Con más dinero encima podremos desplumarte mejor.

Val miró a Slim interrogante. ¿Por qué le habría ofrecido tanto dinero?

Slim le dio un ligero apretón en el brazo para que le siguiera la corriente en su plan.

Abandonaron el garito propiamente dicho y al pasar a la sala de la boite, un argelino con perilla y mirada rojiza se aproximó a Val. La tomó por el brazo interpeándola con voz grave:

—Vente conmigo, paloma. Lo pasarás mejor que con ellos.

Antes de que el propio Slim pudiera reaccionar, Val volteó limpiamente al argelino, dándole un golpe de karate en la base del cráneo que lo hizo rodar por el suelo, golpeándose contra una mesa.

—¡Maldita gata! —masculló el argelino poniéndose en pie.

Charles Agnie se quedó quieto, sabía cómo las gastaba aquel argelino que, por otra parte, tenía amigos, pero Slim le hizo frente.

—¿No has recibido bastante?

El argelino mostró una navaja de acero brillante, con la que amenazó al hombre.

De pronto, el argelino se vio sujetado por ambos brazos y

golpeado en la cabeza sin miramientos. Los dos tipos que custodiaban el garito se habían encargado de él.

—Ya les he dicho que un amigo de Brigitte es un amigo mío —siseó André apareciendo junto a ellos.

—Gracias por la ayudita —agradeció Slim—, pero yo también hubiera sabido darle una lección.

—Así no se le ha arrugado el traje. Además, con mis hombres los compatriotas de este tipo no se meten; en cambio con ustedes quizá se hubieran envalentonado y debo proteger mi local. Podía presentarse la policía y una multa no me la quita nadie.

—Es usted un tipo inteligente, André, y una vez más, gracias por todo.

Abandonaron la boite Maillot.

La callejuela cercana a la plaza Pigalle continuaba como siempre. Pasos monótonos de tacones femeninos arriba y abajo, tratos a media voz entre hombres y mujeres.

—¿Adónde vamos? —preguntó Agnie.

—A mi auto, no está lejos —dijo Slim.

—¿Sabe, amigo, que me está pareciendo demasiado dinero cincuenta mil francos?

—¿Es que no se fía?

—Bueno, creo que allá abajo, con mucho humo en la cabeza y perdiendo dinero, me ha parecido que podía tratarse de un buen negocio, pero ahora...

—Ya que está aquí en la calle, escuche. Puede interesarle.

—Dígame de qué se trata y ya veremos. Les advierto que el crimen no entra en mis cálculos. Le tengo alergia a *madame* Guillotine. —Al decir esto se señaló el cuello significativamente.

—No tema, no se trata de un crimen, que yo sepa.

Charles empezó a ponerse nervioso mientras caminaba. Al final exclamó:

—Esto puede ser una trampa. Yo no les conozco y...

—Pues parece listo, sí es una trampa —replicó Slim.

—¿Qué...?

Antes de que lograra reaccionar se encontró con el cañón de la «P-38»

de Slim en los riñones.

—Si es listo no se pondrá tonto.

—¿Qué pretenden de mí?

—Somos muy curiosos —le respondió Slim empujándolo hacia el coche que se hallaba aparcado unas yardas más lejos.

—Lo de los cien de Molière ha sido una estratagema para sacarme del Maillot sin ruido, ¿verdad?

—Hum, no pareces tonto del todo.

Val comprendió ahora la forma de actuar del norteamericano y lo admiró por su astucia.

—¿Qué quieren de mí? Yo no sé nada.

—¿Nada de qué? ¿Es acaso la primera frase que te aprendiste cuando te destetaron?

—¿Qué quieren de mí? —insistió, resistiéndose ligeramente a caminar.

—Queremos que nos cuentes algo sobre un robo.

—¡Yo no he robado nada!

—Ya, a ti te han propuesto para salir en las estampitas con un aro luminoso tras el cráneo, ¿verdad?

—No soy un santo, pero...

—Vamos, vas a tener que explicamos algo sobre una carga atómica robada a la salida de la estación de Austerlitz.

Charles palideció.

—No sé de qué me habla. ¿Son policías?

—No, no somos de la «PJ.» si es a lo que te refieres, y por nuestro acento puedes darte cuenta de que no somos franceses.

—¿Espías?

—Eso puede resultarte algo más peligroso, ¿verdad, Agnie? Los espías eliminan de un disparo en la nuca a los tipos que no les interesan y pueden constituir un estorbo.

—¡Yo no sé nada!

—Sí, sabes.

—Pero, pero ¿cómo me han encontrado? —inquirió.

De puro nervioso, se delataba con su pregunta, pues le exasperaba sentir aquella pistola pegada a sus riñones y saber que la pareja no pertenecía a la policía.

Con ella era distinto. Si era atrapado, purgaba en la cárcel y listos, pero entre hampones o espías internacionales las medidas que se tomaban eran mucho más drásticas.

—Por tu coche, imbécil. Otra vez lo robas antes de dar un golpe.

Ya estaban llegando al deportivo «Mercedes-Benz» cuando un coche, que se había acercado con las luces normales, les enfocó de lleno con una luz pistola conectada a la batería del auto.

Agnie y Slim quedaron deslumbrados.

—No te muevas, Charles, o te mando al infierno.

—¡Suelta la pistola,

O'Brien

—le conminó alguien—, o la chica muere!

—Esto es una celada —gruñó Slim cegado.

De estar solo hubiera reaccionado saltando y escapando al haz cegador de luz, pero ignoraba en qué posición quedaba la chica y aunque sólo fuera por caballerosidad no podía dejarla a merced de sus desconocidos atacantes.

—¡Yo no he hecho nada, no he hecho nada! —se apresuró a decir Agnie levantando los brazos. Más que asustado, estaba aterrorizado al ver que la situación se complicaba cada vez más para él.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió Slim sin decidirse a arrojar su arma.

Aquellos tipos parecían ser por lo menos cinco y les habían esperado en la calle para tenderles una trampa, una trampa que les había salido a la perfección.

—¡Cuidado, Slim! —gritó Val.

No tuvo tiempo para reaccionar. Cegado por la luz, acorralado por pensar que Val podía salir malparada, pues el barrio resultaba excesivamente peligroso, Slim no logró revolverse oportunamente.

La culata de una pistola cayó sobre su nuca cuando no creía tener a nadie a su espalda. Aquellos tipos habían calculado incluso el lugar del ataque y el que le golpeó en la nuca debió brotar sigilosamente de un portal cercano.

La noche era negra y más negra se puso para Slim cuando cayó redondo al suelo.

Val gritó y uno de aquellos sujetos le propinó un puñetazo en el estómago haciéndola enmudecer por tan brutal medio.

La joven tuvo que apoyarse en la pared para no caer mientras se sujetaba el abdomen.

En la confusión, Agnie trató de escapar, mas fue atrapado por los brazos.

Amedrentado por sendas pistolas, fue introducido en el coche que les deslumbrara y que se puso en marcha rápidamente.

—¡Suélteme, yo no sé nada, nada! —aulló Agnie mientras el coche desaparecía.

Luego, calló. Aquellos tipos aparecidos entre las sombras y a los cuales no habían podido identificar, debían haber empleado contra el galo algún método drástico para enmudecerlo.

—¡Slim, Slim! —llamó Val, ya mejorada del brutal golpe.

Slim no respondía, pero estaba vivo.

Adiestrada perfectamente en la escuela soviética de agentes especiales para el extranjero, Val Irasovna comprobó que el americano vivía y que sólo tenía para una o dos horas de sueño. Ni siquiera había brotado sangre del lugar castigado.

Tiró del cuerpo varonil hasta el deportivo «Mercedes» y abriendo la portezuela lo introdujo en él. Registró sus ropas hasta encontrar las llaves del automóvil y lo puso en marcha, alejándose del lugar.

CAPÍTULO VI

Romualdo Larrea, el embajador de Costa Larga, prefería estar en su mansión, protegida por empleados muy especiales y particulares que pagaba de su bolsillo y no de las cuentas del gobierno de su país.

Más que un sibarita de los placeres que podía obtener a través del dinero en el extranjero o bajo presiones en su país, Larrea era un hombre débil ante los mismos, un ser cuya voluntad se resquebrajaba.

Las manos le temblaron. Se sentía nervioso, muy nervioso y él sabía por qué.

Miró la chica que tenía cerca, tumbada sobre el sofá y cubierta con una bata.

—Collette...

—¿Qué, mi amor? —le preguntó la francesa con su indiscutible acento parisién que tanto agradaba a Larrea.

—Recoge tus cosas y márchate. Por esta noche has terminado.

La chica obedeció.

Larrea, envuelto en su bata de seda con colores más que chillones, de mal gusto, al encontrarse solo miró nerviosamente el reloj.

Se acercó a la ventana y retirando las gruesas y tupidas cortinas observó el exterior. En el jardín de su mansión todo seguía en calma, la puerta del mismo permanecía cerrada.

—Diablos, cuánto tarda —gruñó por lo bajo.

A medida que transcurría el tiempo aumentaba su nerviosismo.

Su obesa humanidad caminaba de un lado a otro de la estancia hasta hacerlo como una fiera enjaulada. Sus manos temblaban más y más, sus ojos enrojecían y el labio inferior le colgaba en exceso.

Al fin percibió el ruido inconfundible del motor de un coche.

Rápidamente se acercó a la ventana y al mirar hacia el exterior, reconoció el vehículo que entraba.

Aguardó en pie pese a su excitación. Al fin, tras unos golpes suaves en la puerta, ésta se abrió y apareció un hombre.

—Narváez, ya era hora.

El alto y aguileño secretario sonrió. En su mano portaba un estuche forrado en piel negra.

Penetró en la habitación cerrando a su espalda.

—No he podido venir antes. Se hace difícil conseguir el cóctel que usted desea, embajador —dijo Narváez con sostenida burla.

Era un hombre seguro de sí mismo, que sabía podía hacer lo que quisiera de la voluntad del embajador si satisfacía sus vicios.

—¿La policía?

—Sí, se pone algo pesada y los suministradores tienen miedo de ser encerrados.

—¿Quiénes son sus suministradores? Nunca me lo ha dicho. ¿Por qué?

—Es parte del trato que tengo con ellos. No desean exponerse. Algunas drogas son fáciles de obtener en París, pero la que usted desea no, y además es muy cara.

—Eso ya lo sé, lo mío me cuesta.

—Por favor, embajador, ¿qué son para usted unos miles de francos cuando, aparte del sueldo del gobierno de Costa Larga, posee esas plantaciones que tanto le producen con sueldos mínimos para sus empleados?

—Déjese de ironías. ¿Ha traído la droga?

—Sí. Yo siempre consigo lo que el embajador me pide.

—Pues dese prisa, no aguanto más.

Narváez colocó la droga a Larrea y éste se sintió más tranquilo, entrando en un ligero sopor que día a día le aproximaba más a su ruina física, porque moralmente ya era una mina completa aunque sostuviera, su presencia y su acartonada respetabilidad en las reuniones como embajador de su país.

—¿Tranquilo, embajador?

—Sí, Narváez. Luego ya arreglaremos cuentas.

—No me apremian, embajador, aunque, ya le he dicho, es algo más cara esta vez.

—Ya pagaré lo que sea, ahora quiero estar solo.

—Como guste, señor. Ya sabe que llamando por el teléfono me tendrá a sus órdenes.

—¿No sale esta noche, Narváez?

—No, esta noche no, embajador.

—Narváez, ¿sabe qué pienso a veces?

—No, embajador —respondió retirándose ya hacía la puerta.

—Que es un sujeto extraño y cínico al que no acabo de comprender.

Narváez dio un ligero, apenas perceptible, respingo. Luego, se contuvo y sonrió con su habitual cinismo.

—¿Debo molestarme, señor?

—Oiga, Narváez, ¿de veras es nativo de Costa Larga?

—¿Usted qué cree, embajador?

—No sé, ahora no estoy en condiciones de pensar demasiado, pero a veces me das miedo. La verdad es que yo respondo por usted, porque he sido yo quien le ha contratado y su documentación estaba en regla. Claro que se pueden falsificar todo tipo de papeles. En fin, es un tipo que sabe servirme bien y no debo preocuparme más por su enigmática personalidad, ¿verdad?

—Usted siempre ha sido sensato y razonable, embajador.

El secretario abrió la puerta ya dispuesto a desaparecer, pero una vez más Larrea lo retuvo.

—Cuando regresen los muchachos, que me avisen enseguida.

Narváez enarcó las cejas, súbitamente inquieto.

—¿Los muchachos?

—Sí, los he enviado a todos a realizar un trabajo. Walter los manda.

—¿Walter? Ese alemán nacionalizado en Costa Larga no me simpatiza.

—Pues a mí, sí. El también sabe cómo serme útil y esta noche lo está siendo.

—Como usted ordene, embajador.

Narváez bajó al vestíbulo de la lujosa mansión con aire preocupado. Pasó junto a las vitrinas de estatuillas Incas, muestra cultural de una civilización extinguida, y se dejó caer en un sillón. Comenzó a fumar lentamente, dispuesto a la espera.

Transcurrieron casi dos horas antes de oír el ronquido del motor

de un automóvil adentrándose por el jardín hasta la puerta principal de la mansión.

Poco después aparecían ante el secretario los recién llegados.

Se puso en pie y pudo ver a Walter, el jefe del grupo, y a tres hombres más pertenecientes a la plantilla de matones que Romualdo Larrea tenía en su mansión como celadores. El embajador tenía muchos enemigos que, exilados de Costa Larga, residían en París.

Un cuarto hombre se había quedado en el coche que ahora conducía hacia el garaje, pero el que más llamó la atención de Narváez fue el prisionero que traían consigo.

El hombre, a todas luces raptado, tenía los ojos cubiertos con esparadrapos que le impedían levantar los párpados. Unas gruesas orejeras taponaban sus oídos.

Era alto y de recia constitución. Sus manos permanecían atadas a la espalda y se movía torpemente empujado por sus raptos.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Narváez.

Walter, que a su vez no simpatizaba con el secretario, repuso:

—Creo que se llama Charles Agnie.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—De la calle —replicó Walter irónico.

—Muy gracioso, pero ¿para qué lo habéis traído aquí? ¿Os lo ha ordenado el embajador?

—No seas estúpido y no continúes hablando de forma que pueda oírte él.

—Si lleva orejeras...

—Pero hay que tener precauciones. Le hemos dado unas cuantas vueltas en el coche para que perdiera la noción de la dirección que llevaba.

Narváez, a la vez que inquieto, se hallaba desconcertado.

—No me has dicho todavía para qué lo habéis traído aquí.

—Narváez, haces demasiadas preguntas —observó Walter— y es el embajador quien debe formularlas.

—Me temo Walter que deseas tomarme el pelo. Me has objetado que nombrara al embajador y tú lo has hecho ahora.

—Habrás sido un descuido —respondió Walter cínicamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Larrea desde lo alto de la escalera.

—Hemos traído pesca, embajador —respondió Walter.

—¿Es amigo del norteamericano?

—En cierto modo. El americano lo ha sacado de un garito a punta de pistola. Creo que estaba muy interesado en llevárselo.

—¿Y la rusa?

—También estaba con él. Entre los dos se llevaban a éste. Nosotros lo hemos andado siguiendo todo el día y al fin hemos cazado a esta pieza que seguramente será clave en todo el lío.

El embajador comenzó a descender por la escalinata grande, eufórico, pletórico de vida, aunque unas horas más tarde se derrumbara con los nervios destrozados y hecho un guiñapo.

—Confío que nos sea útil estirar de la lengua a este tipo. ¿Es francés?

—Sí, se llama Charles Agnie y cuando el norteamericano lo buscaba sería por algo.

—Sí, Walter, tienes razón. Llémoslo abajo. Ah, y que no oiga ningún nombre. No quiero que se me llame embajador. Esto es altamente secreto si ese sujeto llegara sabiendo algo, podía perjudicarme grandemente.

—Abajo con él, muchachos —ordenó Walter.

Narváez comenzó a seguirles, pero el embajador se encaró con él.

—Narváez...

—¿Diga, embajador?

—Usted es mi hombre de confianza. Quédese arriba y tome el teléfono si llaman. Si hay visitas, obre como mejor le parezca, pero recuerde que he salido para todos.

Narváez comprendió que sería inútil insistir y hubo de ajustarse a la orden recibida.

Por una puerta camuflada, existente tras un mural fotográfico bajo el cual se asentaban unas jardineras pasaron a la escalera que descendía al sótano secreto.

El lugar era húmedo, lleno de trastos viejos y con una bombilla colgada del techo y que despedía una luz amarillenta.

—Atadlo al sillón, pero que no pueda mover ni la cabeza —ordenó Romualdo Larrea.

Charles Agnie fue atado a la butaca. El propio embajador encendió un foco lumínico que dirigió a su rostro y luego ordenó:

—Apagad la luz.

Se hizo la oscuridad en la bombilla y sólo el cono de luz brilló en el sótano, bombardeando la cara del francés.

—¿Le quitamos ya los esparadrapos y las orejeras? —preguntó Walter.

—Sí.

Charles Agnie levantó trabajosamente los párpados, mas volvió a cerrarlos inmediatamente al ser heridos sus ojos por el potente foco.

—¡Quiten esa luz, no veo! —protestó en francés, y éste fue el idioma que emplearon a continuación.

—No está en condiciones de ordenar nada.

—¿Quiénes son ustedes? —balbució Agnie.

—Eso depende. Si se porta bien y habla, unos amigos suyos que en cuanto termine ésta, digamos, amable entrevista le dejarán marchar.

—¿Y si no?

—Creo que va a pasarlo mal, Charles —le advirtió Walter.

—Es cierto —corroboró el embajador—. Uno de mis hombres fue hace un tiempo ayudante de dentista.

—¿Quéee? —exclamó más que preguntó, asustado. Tenía la intuición de que aquella gente no bromeaba.

—Tú —interpeló Larrea para no utilizar nombres—. Muéstrale tus herramientas.

El guardaespaldas, que se había preparado para la ocasión, pues conocía de antemano las intenciones de su jefe, extrajo un pequeño bisturí, unos alicates de dentista y un martillito, todo cromado, inclusive mangos. Puso dichas herramientas ante la luz para que las viera su víctima.

—Aquí están. ¿Cuándo empiezo?

—¡Oh, qué torpe! —comentó el embajador—. Siempre olvidas la anestesia, es imperdonable. En fin, qué le vamos a hacer. Trabajarás sin ella.

—¡Eh, eh, esperen, esperen! ¡Yo no sé nada! —exclamó Agnie asustado.

—Tú prepara las herramientas y vosotros sujetadle la cabeza. Hay que trabajar con toda clase de seguridades.

La cabeza de Agnie, pese a los esfuerzos de éste, fue sujeta sobre lo alto del respaldo del sillón en el que permanecía atado.

—¡Por favor, que no tengo las muelas cariadas! —protestó

Agnie.

—En ese caso, comenzaremos por los dientes. Cuando uno se queda sin ellos produce un siseo ridículo al hablar.

—Pero ¿qué diablos quieren que les diga?

Un gesto con la mano por parte del embajador contuvo al matón que ya tenía en su mano los alicates.

Agnie que, cegado por el foco no veía los rostros de sus raptos, estaba tan asustado que la saliva no acababa de circular por su garganta.

—Los muchachos te han cazado cuando ibas coa una pareja, una pareja muy desagradable para mí.

—¿Los extranjeros?

—Sí, sólo que tú ya sabes que él es norteamericano y ella rusa y que ambos, pertenecen a los centros de espionaje de sus respectivos países. Por cierto, ¿qué ha sucedido con ellos?

Walter, sin necesidad de que se le nombrara, respondió:

—Se han quedado en la calle. A él ha habido que hacerle una caricia en la nuca y se ha quedado dormido por un par de horas.

—Comprendo. No ha habido disparos, ¿verdad?

—No. Ninguno de los dos ha resultado herido.

—Mejor así. No habrá más problemas internacionales por el momento.

—¿Quiénes son ustedes? —chilló Agnie, temiendo estar en un nido de escorpiones.

—Eso no te interesa. Ahora, seguiremos hablando. Si tú respondes, al final tendrás la misma dentadura que ahora. De lo contrario, sufrirás un poco. El dentista que va a tratarte nunca pasó de simple ayudante. No tenía mucha habilidad para este trabajo, ¿sabes?

Charles Agnie se maldijo por haber abandonado la partida de naipes. Era preferible seguir jugando aunque hubiera tenido que dejar todo su dinero y la camisa, inclusive, con tal de no caer en semejante situación.

—Yo nada tengo que ver con el espionaje ni con la rusa o el americano.

—Pero ellos sí tenían que ver contigo, puesto que fueron en tu búsqueda.

—Se equivocaron, yo ya se lo advertí. Ellos me sacaron del

garito con engaños y luego ese fulano me amenazó con la pistola. Por último, aparecieron sus hombres raptándome, de modo que parezco una de las chicas de Pigalle; voy de unas manos a otras.

—Muy chistoso, pero si no hablas pronto, se te pasarán las ganas de hacer chistes. Te advierto que si empezamos con tu dentadura luego vas a tener que hablar igualmente y te será más difícil.

—Pero ¿qué quieren? Yo no conozco a esa pareja, ya se lo he dicho.

—Eso lo creo —admitió el embajador.

—¿Entonces?

—Sé de sobras que tú trabajas para ellos, sólo que ellos son muy sabuesos, sobre todo el norteamericano. Anda tras la pista de un robo muy importante y si se ha fijado en ti es que tú tienes algo que ver con ese robo.

—¿De qué robo me están hablando? Yo no sé nada, se lo repetiré mil veces.

—De un robo que también nos interesa a nosotros, amigo. Lo mismo que buscan los yanquis y los soviéticos lo buscamos nosotros, sólo que hemos adoptado 3a actitud de dejar que ellos husmeen por todas partes y luego cuando encuentren el pastel, en este caso tú —le golpeó el pecho con su índice—, se lo arrebatamos y nos lo comemos.

—Muy inteligente, pero yo no sé nada de ningún robo —insistió Charles.

Agnie pensaba en la maldita carga atómica robada, en el gitano y también en Audery, pero lo que él ignoraba es que el embajador de Costa Larga no le preguntaba por la carga nuclear como él creía, sino por los planos del submarino atómico.

—Supongo que no trabajas solo, ¿verdad?

—No pertenezco a ninguna banda.

—Vamos, creo que será mejor que empecemos por una demostración de odontología.

Charles Agnie miró aterrado los alicates. Nunca le habían simpatizado los dentistas, pero a partir de aquel día, menos.

Trató en vano de apartar su cabeza y cerrar la boca. Todo inútil. Sé oyó un agudo grito de dolor y sus labios se tiñeron de sangre.

—Lástima, era un diente sano; claro que todavía está a tiempo de reparar el daño colocando en el lugar vacío un diente de oro. Si

habla, nosotros le pagaríamos la prótesis. Somos así de generosos.

Agnie comprendió que allí se jugaba algo más que la dentadura.

En aquel mundo de espionaje internacional, en el que intervenían tantos países, la vida de un hombre carecía de importancia y más de un hampón como él. Por tanto, el problema no radicaba en su dentadura, sino en su vida.

Si hablaba, no le quitarían más dientes ni más muelas, la tortura acabaría, pero con ella también habría terminado su vida. No podía confiar en la palabra de aquellos tipos y decidió aguantar y no hablar nada sobre la carga robada, insistiendo en su inocencia.

—¡No sé nada, se han equivocado conmigo, suéltense!

—Estúpido, vas a perder otra pieza.

El embajador, bajo los efectos de la droga, fue duro, implacable. De seguir con vida, Agnie pasaría pronto a apodarse «el Desdentado».

—Esto parece una carnicería —gruñó Walter.

El pésimo dentista añadió:

—Este sujeto se va a desangrar.

—Tapónale las heridas, lo quiero vivo —gruñó el embajador—. Ya proseguiremos con la sesión. Te aseguro que hablarás, ya lo creo que hablarás, porque si termino con tus muelas, empezaré con tus uñas y llegaré hasta dónde sea, pero me contarás quiénes son tus amigos y cómo operáis, por qué y dónde está lo robado.

Tras decir esto, malhumorado, ya que Agnie no había podido resistir más y acababa de perder el conocimiento, Larrea se alejó del sótano.

Allí en el sótano, atado y sin dientes, faltándole la mayor parte de las muelas, ante Charles Agnie se abría un futuro desagradable. Más aún estaba a tiempo de hablar y luego, con una dentadura postiza, volvería a ser el de antes.

CAPÍTULO VII

Cuando Slim
O'Brien

Soon abrió los ojos tenía una botella de hielo sobre la cabeza y, ante los pies de la cama, un sujeto alto, fornido y vestido de negro que le observaba con aire estúpido.

Slim parpadeó y movió las pupilas. A su derecha halló un rostro de mujer, muy agraciado. Ésta, con los brazos cruzados, le miraba burlona.

—¿Dónde está tu veteranía, Slim?

—Uf, me dieron fuerte, ¿eh?

—Sí. Hace un par de horas que duermes.

—¿Y el gorila ese? —Señaló al hombre que le miraba.

—Es Iván.

—Sí, ya lo sé. ¿A qué ha venido, a aprovecharse por lo ocurrido en el anticuario?

—¡Desagradecido! Como no tengo suficiente fuerza para entrarte en el hotel, he llamado a Iván para que me ayudara.

—Pues muchas gracias, Ivan-Gorila, pero ahora te largas, Val me cuidará sola.

El ruso profirió un gruñido de desaprobación, pero la joven le hizo una seña con la mano y éste obedeció alejándose.

Ya solos, Val se sentó en el borde de la cama. Slim hizo ademán de quitarse la bolsa de hielo, pero cuando lo hubo hecho cerró de nuevo los ojos de dolor y volvió a dejar caer la bolsa de goma sobre su cráneo.

—Val, me duele mucho la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por ti, Slim?

—Darme un masaje en los labios.

—¿Cómo?

Val le complació.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, creo que sí —repuso con los ojos cerrados—, pero te juro que como encuentre al tipo que me ha removido la sesera se va a acordar de mí.

—¿Y qué proyectos tienes ahora? Tu pista se ha disuelto en la nada, puesto que se han llevado el rastro.

—Sí, a ese Charles Agnie.

—¿Era muy importante?

—Creo que sí.

—¿Qué piensas sobre él?

—Opino que ese sujeto trabaja para alguien o para un grupo interesado en la construcción de ese submarino atómico.

—¿Te refieres a Costa Larga?

—No. Costa Larga es la que ha iniciado todo el lío, pero alguien se ha metido en medio adelantándose a ellos y a nosotros. Los de Costa Larga están interesados en obtener los planos y también la carga atómica. Ese alguien o grupo es aparte, pero no imagino quiénes pueden ser y para qué demonios quieren el submarino.

—¿Una tercera potencia interesada en la construcción del submarino?

—Quizá, pero me inclino a suponer que se trata de algunos fanáticos o algo por el estilo.

—¿Neonazis?

—Vamos, Val, no seas ingenua y deja en paz el problema alemán sobre el que los soviéticos tenéis auténtica manía.

—¿Vamos a discutir?

—No, no quiero discutir. Haya paz en las relaciones internacionales.

—Bien, si no son los nazis, ¿quiénes son?

—Lo ignoro, pero ya lo averiguaremos. Por el momento, quien tiene la sartén por el mango es el embajador Romualdo Larrea.

—¿El hombre de Costa Larga?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ellos tienen en su poder a Chales Agnie.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo hay que deducir un poco y, con lógica, se llega a la conclusión de que quienes nos han atacado son hombres de Costa Larga.

—Explícate, y no temas que te diga que son corazonadas como hacen las mujeres del mundo imperialista.

—¿Sabes, Val? Algún día me casaré contigo.

—¿Quéé?

—Claro que si encontramos un «pope» a propósito, porque tú creerás en algo, ¿no?

Ella carraspeó.

—Vamos, vamos, aquí no hay micrófonos y no te oye nadie. No tienes por qué decir forzosamente que eres atea.

—Bueno, mis padres habían sido cristianos.

—Entonces, todo arreglado.

—Eh, espera, que yo todavía no he dicho que vaya a casarme contigo. Sólo te he pedido que hablemos del caso de ese francés que, según tú, está en poder de los hombres de Costa Larga.

—Antes, déjame decirte algo, Val.

—Está bien, Si no hablas, revientas.

—Si alguna vez decido casarme contigo, pues aún no he dicho tal cosa, no vayas a hacerte ilusiones...

—¿Quéé? ¿Hacerme ilusiones yo con un agente saboteador imperialista?

Haciendo caso omiso de las protestas femeninas, Slim añadió:

—Si fuera tu marido, siempre estaríamos discutiendo sobre política internacional y haríamos luego las paces. Sería un matrimonio muy ameno y divertido.

—¡Slim, eres un fatuo!

—Y tú muy atractiva, pero deja que siga explicándote lo de Charles Agnie.

Val resopló. En aquellos instantes sentía vivos deseos de tomar un martillo y picar el hielo que contenía la bolsa de goma hasta deshacerlo, pero sin quitar la bolsa de la cabeza del norteamericano.

—Continúa, te escucho.

—Si los que salvaron a Agnie por la fuerza fueran de su propio grupo u organización, en vez de llevárselo atado lo habrían hecho de dos formas distintas.

—Matándolo o simplemente diciéndole que se largara con ellos.

—Exacto. Veo que también razones.

—¿Y qué más?

—Si se tratara de la policía, francesa, que también hubiera dado con el autor del robo de la carga nuclear, ya que la P. J. y todo el gobierno de París están ansiosos por recuperarla y han bloqueado todas las carreteras de la periferia de París para que el camión no escape, habría utilizado su coche policial y sus métodos hubieran sido más sencillos. Nos habrían pedido la documentación pasándonos luego a una celda con todos los honores. Muestras respectivas Embajadas protestarían y al gobierno de París le habría ido muy bien para decir que tanto los rusos como los americanos somos malos. Nos habrían soltado recomendándonos que en adelante fuéramos más buenos nenes y obedientes, porque de lo contrario nos zurrarían la badana.

—No te burles, la situación es grave.

—Sí, claro. Razonando llegamos a pensar en los hombres de Costa. Larga, muy interesados en la obtención de los planos y la carga atómica. Ellos han estado siguiéndonos y cuando han creído que nosotros habíamos encontrado un rastro bueno para recuperar los planos que a ellos les han sido robados, han entrado en acción.

—Pero es una sucia maniobra. Nosotros trabajando para que vengan esos sujetos y se lleven nuestro producto.

—Así es, y ahora...

—¿Qué?

—Más masaje en los labios.

—Eres un chantajista —protestó ella.

—Más masaje.

Val dio un suspiro y obedeció, pero aquella vez no fue como la anterior.

Se sintió abrazada y el hombre la obligó a dar una vuelta sobre sí misma, quedando tendida en la cama.

Quiso protestar pero ya era tarde. Slim la enrolló materialmente en la colcha, impidiéndole todo movimiento.

—Quieta, Val, será mejor para ti —dijo el hombre alzándola en el aire como si se tratara de una alfombra enrollada.

—¡Suéltame, canalla, suéltame!

—Lo siento, pero esta noche trabajo solo. Ya sé que puedes

defenderte sola, pero he de correr muchos riesgos.

—¡No puedes subestimarme!

—No te subestimo, cariño, simplemente que no quiero que te ocurra nada malo.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Sujetarte un poco.

Para ello utilizó un cordón de cortinaje, que arrancó sin miramientos.

—¡Si no me sueltas, gritaré!

—Cariño, si tú haces eso yo proclamare a los cuatro vientos que te llamas Valentina Irasovna y perteneces al Servicio Secreto Soviético.

—¡No serás capaz!

—Sí lo seré. Ahora, te encerraré en un armario y si cuando regrese no te encuentro dentro, pasarás al mundo de la publicidad. A lo mejor te proponen un contrato cinematográfico en Hollywood. Para los productores que temen perder su dinero, lo primero y principal que debe poseer una estrella...

—¿Es un buen cuerpo? —preguntó ella a través de la colcha que la envolvía y mientras él la transportaba al armario adosado a la pared.

—No, simplemente publicidad propia y particular. Luego, a ellos no les importa pagar, pero que tengan la taquilla asegurada. Tú tendrías publicidad propia si pasaras a la Prensa como la más hermosa espía del mundo soviético.

—¡Chantajista, yanqui tenían que ser!

Slim tuvo que escuchar algunos insultos más, pero dejó de oírlos cuando Val quedó encerrada en el armario y él se alejó del hotel.

Ya en la calle, tomó su coche y se dirigió rápidamente al aeropuerto de Le Bourget, pisando a fondo el acelerador.

Recorrió en escasos minutos los siete kilómetros que le separaban del aeropuerto. Aparcó y saltó por encima de la portezuela, dirigiéndose a la gran sala de espera.

Era ya noche cerrada, pero en el aeropuerto, que con su intenso tráfico descongestionaba a su compañero de Orly, había mucha gente y estaba potentemente iluminado ya que los reactores despegaban con asiduidad periódica.

Fue directo a los guardaequipajes automáticos. Sacó una llave de

su bolsillo y, encarándose con una de las casillas, la franqueó.

De su interior extrajo una cartera, que abrió a su vez con otra llave.

El amplio portafolios, de sobria piel negra, estaba repleto de hojas que para otra persona que no fuera Slim no tendrían ningún sentido. Todo eran cifras ininteligibles pero que Slim, habituado a la clave que usaba sólo para sí mismo, leía coma si fuera el alfabeto occidental.

Rebuscó unos datos que le interesaban y luego, tratando de no ser observado por nadie, despegó ligeramente el forro.

Introdujo los dedos por él y extrajo un sobre. Dentro del mismo habían pequeñas fotografías que no medirían más de tres centímetros cuadrados cada una, pero que eran de una gran calidad y en ellas todo podía observarse claramente a simple vista.

—Creo que este par me servirán —se dijo.

Tomó las dos fotos elegidas y volvió a dejar el portafolios como estaba antes, encerrándolo de nuevo en el casillero de portaequipajes que se había constituido en el fichero particular y secreto de

S. O. S.

En el «Mercedes» deportivo recorrió los siete kilómetros de retorno a París, rodando en dirección al Bosque de Bolonia.

Detuvo el auto cerca de la mansión del embajador de Costa Larga y se aproximó a ella por una calle adyacente, procurando no ser visto. No deseaba que: por segunda vez en la noche la emprendieran con su cráneo.

Cuando llegó junto al muro que rodeaba la mansión comprendió que Larrea era un hombre precavido y había colocado alta tensión sobre él.

Probablemente, aquel cable frenaría los ánimos vengativos de algunos exilados de Costa Larga en París.

La calle era angosta y estaba flanqueada por altos faroles en las aceras, próximos al muro. Eran farolas de principio de siglo, construidas en hierro fundido y muy al estilo barroco.

Prestó atención a que nadie viniera por la calle, pues no deseaba ser conducido a un manicomio, y luego trepó por el farol hasta llegar a su cúspide.

Como un artista circense haciendo equilibrios, se situó sobre la

farola. Después, se encaró con el muro y saltó exponiéndose a rozar el cable eléctrico y pagarlo muy caro.

La elasticidad de sus músculos se puso a prueba y rebasó hábilmente el cable rodando sobre el césped una vez en el suelo.

Sin perder tiempo, tras comprobar que todos sus huesos seguían sanos, rodeó la mansión penetrando en ella a través de una terraza.

Descubrió a dos de los guardaespaldas del embajador dialogando con aire aburrido.

Se internó más en la casa pasando cerca de ellos sin ser visto y subió al piso suponiendo que arriba estaban los dormitorios.

Fue abriendo habitación por habitación hasta que quedó frente a frente de Romualdo Larrea.

—

¡O'Brien!

—Hola, embajador —saludó sonriendo con soma al tiempo que se introducía en la alcoba particular del embajador y cerraba la puerta tras sí.

—¿Qué significa esta visita?

—Sólo deseaba charlar un rato para llegar a un acuerdo.

—Yo no le he concedido cita. ¿Cómo ha entrado?

—Saltando el muro. Debí construirlo un poco más alto si quería protegerse.

—Déjese de ironías y explíquese. Esta casa es territorio de Costa Larga.

—Se equivoca, embajador. Ésta es su casa, pero no la Embajada propiamente dicha y, por tanto, es territorio francés.

—Pero usted no es francés y yo tengo inmunidad diplomática.

—¿Y para qué me cuenta eso?, embajador, ¿es que teme que lo conduzca a la celda?

—¿Qué tonterías está diciendo? Vamos, salga de una vez de esta casa o me verá obligado a llamar a la policía francesa y denunciarle por allanamiento de morada.

—Fútil amenaza, embajador. Puede llamar a la policía cuando guste, ambos la esperaremos.

Tras aquellas palabras, Slim se dejó caer en un butacón y colocó sus pies sobre una mesita, pero siempre de forma que controlaba la puerta por si aparecía alguna visita inoportuna.

Sacó un cigarrillo, que colocó entre sus labios y, sin invitar a

Larrea le prendió fuego, comenzando a fumar.

—Pero ¿qué se ha propuesto?

—Ya le he dicho, hacerle un trato.

—Está bien, llamaré a la policía.

Había cogido ya el auricular cuando Slim sacó las dos fotografías de su bolsillo y dijo:

—Vea esto y luego llame.

Ceñudo, Larrea tomó las fotografías. Al verlas palideció.

—¿Qué significa esto, cómo las ha obtenido?

—Se ve claramente en ellas, ¿verdad, embajador? Está tan ridículo como una lombriz que ha salido de la tierra. Son fotografías sucias. Una chica en su alcoba... Su posición no es muy edificante.

—¿Cómo las ha conseguido?

—Tengo muchos contactos. Pago bien. En mi profesión hay que tener buenas relaciones y dinero, para pagarlas. En especial, las chicas que usted recibe aquí necesitan mucho dinero para gastar. Las hay ingenuas y las hay listas, tan listas como para llevar pequeñas cámaras fotográficas con disparador automático. Van dentro de un tubo de labios, de una polvera. Se dejan descuidadamente encima de un mueble, pero siempre bien enfocadas y, luego, se disparan solas. De cada diez fotografías, sólo una sale bien, pero la que es buena vale mucho.

—Esto es un chantaje.

—Llámelo como guste, embajador. A veces hay que apretar las tuercas a tipos como, usted. Yo no me dedico al chantaje, no quiero dinero, pero para mis investigaciones preciso pruebas con las que poner en situación a mis víctimas.

—Y yo soy una de ellas, claro.

—También podría darle algunos datos de compra de drogas. Creo que si todo esto se publicara...

—¡Yo no compro drogas!

—Sí, hace algún tiempo que no las compra. Debe obtenerlas a través de otro conducto, porque en la cara se le nota que continúa siendo un toxicómano. Cualquier médico podría probarlo. Imagínese que toda esto se publicara. En escasos segundos la noticia daría la vuelta al mundo.

—Si grito, lo matan —amenazó.

—Grave error —replicó burlón, sin inmutarse—. Si yo

desaparezco, usted salta. Ya sabe que no estoy solo.

Larrea exhaló un suspiro. Sus hombros semejaron hundirse.

—¿Qué quiere, dinero?

—Yo no hago chantaje como usted pretende, embajador. Sólo quiero algo que usted me ha quitado.

—¿Y qué es?

—Chales Agnie.

—Ignoro de qué me habla.

—No diga tonterías, embajador. Antes de llegar aquí he golpeado a uno de sus hombres devolviéndole caro el golpe que ellos me han dado en plena calle y por lo visto no le ha gustado mucho, porque me ha dicho que Agnie está aquí.

—Imbéciles, no saben contener la lengua —gruñó Larrea.

—Yo creo que es usted quien no sabe contenerse. No he atacado a ninguno de sus hombres.

—Diablos,

O'Brien,

es usted muy astuto. Me tiene en sus manos.

—Celebro que lo comprenda así. No olvide que su posición, su vida, valen por mi vida. Mi Embajada intervendría directamente en el caso de que me pasara algo, no vaya a cometer un desliz ahora. Dígame, ¿dónde está Charles Agnie?

CAPÍTULO VIII

La puerta secreta que conducía al sótano se abrió. Los hombres de Larrea se apartaron, incluso éste, pues Slim O'Brien

Soon fue el primero en lanzarse escaleras abajo.

Alguien dio al conmutador de la luz y la bombilla amarillenta y mortecina se iluminó.

La atención de O'Brien

se centró inmediatamente en el hombre sentado y atado a una ajada butaca de cuero.

—Charles Agnie —exclamó por lo bajo.

Lo cierto es que ya resultaba difícil reconocer al francés.

Su rostro aparecía desfigurado por las hinchazones producidas por la tortura. En el suelo, junto a él y hacia el lado donde se inclinaba su cabeza inconsciente, se veía un gran charco de sangre.

—Maldita sea, este hombre se está muriendo —gruñó Slim.

—Sólo le hemos arrancado algunas muelas para que hablara, pero se ha puesto terco —observó el embajador.

—¿Sólo unas muelas? ¡Lo han dejado sin dentadura!

—Eso tiene remedio, puede ponérsela postiza.

—Este hombre se está muriendo —masculló furioso por el salvajismo del latinoamericano.

Romualdo Larrea no logró esquivar el soberbio puñetazo que le propinó Slim como castigo por la tortura de que fuera objeto el francés.

El embajador rodó por el suelo como una peonza. Su anatomía no estaba preparada para encajar golpes como los que podía obsequiarle Slim

O'Brien.

Los secuaces de Larrea montaron sus pistolas apuntando al yanqui, pero éste no les hizo maldito caso.

—¡No, no disparéis! —pidió Larrea, sabiendo cuánto podía perder si el norteamericano moría.

Agnie estaba casi desangrado y su corazón latía débilmente.

—Si este hombre muere, embajador, le va a costar muy caro.

—Yo no he querido matarlo —se apresuró a decir Larrea—. Incluso, después de la tortura he ordenado que le taponaran las heridas.

—Pues parece que hayan pretendido desangrarlo.

El bárbaro dentista añadió en apoyo de las palabras de su jefe:

—Yo le he puesto los tapones.

Slim se cargó al moribundo a la espalda y salió de la mansión sin dar explicaciones.

Larrea sabía que si deseaba conseguir algo debía esperar, ya que él no podía actuar directamente contra el norteamericano. Resultaba demasiado explosivo y más después de enterarse de los datos y fotografías que él poseía sobre la parte oscura de su vida.

Llevándose a Agnie en su deportivo «Mercedes», se dirigió a una pequeña casona situada en las afueras de París, junto al Sera.

Allí vivía un traumatólogo amigo suyo que en una misión ya cerrada, hacía un par de años, le había extraído un par de balas de la pierna.

Gilbert era un hombre un tanto huraño y que prefería vivir solo. Sin embargo, quienes le conocían sabían que era un buen médico aunque nunca haría fortuna. No sabía ser servicial e hipócrita con los económicamente fuertes.

Tras pulsar el timbre con insistencia, ya que ora muy tarde, la puerta se abrió, apareciendo el galo en pijama.

—¡Slim!

—Hola, Gilbert, te traigo trabajo.

El médico dedicó una ojeada rápida a Agnie y dijo:

—Este tipo se está muriendo.

—Pues tú vas a tener que salvarlo.

—¿Es compañero tuyo?

—No, es un hampón que me interesa mucho que viva. Vamos adentro con él.

—Siempre te acuerdas de mí cuando vas con sangre hasta el cuello —gruñó Gilbert.

El traumatólogo tenía un par de camas en su pequeña clínica y en una de ellas depositaran a Agnie.

Una vez tendido, el médico lo observó con mayor atención ante la impaciencia de Slim.

—¿Cómo le ves?

—Mal. ¿Qué salvajismo le han hecho en la boca?

—Creo que ha chocado contra una farola.

—Pues sería una farola muy especial —replicó encarándose con el norteamericano—. Te advierto que si este hombre muere tendré que llamar a la policía.

—No te preocupes por eso. Yo mismo me encargaré de avisarla.

—Bien, si no escapas de la policía, mejor para mí. —Gilbert, de mediana estatura y muy delgado, tomó el pulso a Agnie y agregó en seguida—: Ha perdido demasiada sangre.

—Pero se podrá hacer algo por él, ¿no?

—Sí, pero si tardas un poco más, se te queda en las manos. Ahora habrá que hacerle una transfusión de sangre.

—¿Sirve la mía? —inquirió Slim ofreciéndose rápidamente.

—Conozco bien tu sangre, pero no la del paciente. Sin embargo, te advierto que como mínimo habrá que inyectarle mil centímetros cúbicos para que sobreviva. Mañana ya pediré más plasma para que se recupere del todo.

—Está bien. Sácame la que puedas.

—Ya veo que te interesa mucho que viva.

El médico hizo un análisis rápido de la sangre del moribundo y al fin declaró:

—Tu sangre sirve, Slim. Puedes tenderte en la otra cama. Veremos si salvamos a este infeliz que, por cierto, tiene la cara desfigurada. Veré de que no pierda más sangre por las heridas mientras le proporcionamos la tuya.

Slim se tendió en la cama y desnudó su brazo, tendiéndolo a la aguja, que pronto se habría de hundir en su vena.

—Recuérdalo, Gilbert. Toda la que haga falta.

—Comprendido. Luego te vas a sentir un poco mareado, pero con un filete y un par de huevos fritos y algo de descanso, te sentirás mejor. En un par de semanas tu fuerte naturaleza te dejará

como antes.

Slim notó el pinchazo en su vena. Gilbert, aún vestido con el pijama con el que recibiera a sus inesperados visitantes controló la transfusión. Pasado un rato, quitó la aguja del brazo de O'Brien.

—Ya está.

—¿Se salvará?

—Sí, ya está salvado, pero se encuentra muy débil. Tu sangre le ha devuelto la vida, pero el recuperarse le costará un poco.

—¿Podrá hablar?

—¿Pretendes interrogarlo? —preguntó el médico con sorna.

—Me gustaría hacerlo; es más, me urge hacerle —respondió Slim sentándose en el borde del lecho.

—Por ahora no es fácil que recobre el sentido. Quizá dentro de unas horas.

—¿Cuántas?

—Ocho o doce. Dame tu teléfono y ya te avisaré cuando recupere la consciencia. Mientras aprovecharé para curarle la boca, que buena falta le hace. Ah, la cuenta de todo esto, ¿te la cargo a ti?

—Descuida, puedes hacerlo. En cuanto a avisarme, hazlo al hotel la Chatte Blane. Pregunta por mí o por Erika, mi vecina de habitación. En realidad, se llama Val, pero está inscrita como Erika y es de nacionalidad sueca —indicó Slim, pues ésta era la nacionalidad que constaba en el pasaporte de la muchacha.

—De acuerdo. Ah, te aconsejo que tomes un taxi y dejes tu coche aquí.

—¿Por qué?

—Cuando te pongas en pie lo comprobarás.

O'Brien

lo comprobó casi en el acto, pues acababa de incorporarse junto a la cama.

Sintió un ligero vahído. La vista se le hizo borrosa por un instante y tuvo la impresión de que había hundido los pies en una nube esponjosa y sutil.

—¡Eh! —protestó—. ¿No habrás visto demasiadas películas de vampiro? ¡Estoy casi sin sangre!

—Tú has ofrecido toda la que hiciera falta —replicó el médico burlón.

—Sí, pero he olvidado decirte que dejaras la que me hiciera falta a mí.

—Si quieres, puedes tenderte en la cama y dormir unas cuantas horas junto a tu amigo. A mí no me molestáis.

—No, no, debo marcharme. He olvidado un paquete dentro del armario del hotel.

—¿Es muy importante ese paquete?

—Si empieza a gritar creo que tendremos bronca.

—Vaya, nunca oí que los paquetes gritaran. En fin, siempre andas en líos. Cualquier día sólo podré hacer por ti...

—¿El qué?

—Extender tu certificado de defunción y no creas que iría a tu entierro. Suelo tener mucho trabajo aunque me paguen mal.

Haciendo esfuerzos por dominar su cuerpo, pues por lo visto había entregado una buena cantidad de sangre al tal Charles Agnie, Slim salió de la casa de Gilbert.

Trató de tomar un taxi, mas no tuvo suerte. Eran escasos los que pasaban y, por si fuera poco, ocupados. Al fin se decidió a utilizar su «Mercedes».

Sentado dentro del deportivo se encontró mejor, más sintió náuseas cuando el coche desarrolló cierta velocidad. Sin embargo, con gran esfuerzo por su parte, tras saltarse tres semáforos rojos y ser insultado el doble de veces, llegó al hotel.

—¿Le ocurre algo, señor? —le preguntó el conserje nocturno al verle algo tambaleante.

Slim comprendió que era difícil dar explicaciones y respondió:

—No es nada, sólo unas copas de más.

—Pues que duerma a gusto, señor.

—Sí, eso creo que haré.

En el ascensor subió al piso en que estaba la habitación de Val y la suya propia. Penetró en esta última, ya que de la otra carecía de llave.

De su alcoba, a través del cuarto de baño, pasó inmediatamente a la de Val, dirigiéndose al armario en el que encerrara a la chica.

—¡Val!

El armario estaba vacío.

—¡Quieto, las manos en alto! —le ordenó una voz.

Obedeció en medio de la penumbra de la habitación, pues sólo

se hallaba iluminada por la lámpara de la mesita de noche.

Descubrió a la hermosa rusa cuyo rostro no presagiaba nada bueno. En su mano sostenía la pequeña pistola para bolso femenino.

—¡Val, preciosa!, ¿cómo has logrado salir?

—Los novatos no somos tan torpes como piensas y ya veremos qué dice al final el famoso y veterano

S. O. S.

—¿Qué piensas hacer?

—Tú me has encerrado en el armario para trabajar por tu cuenta. Yo voy a hacer lo propio.

—¿Cómo?

Ella anduvo con cuidado, manteniéndolo siempre encañonado, hasta llegar al teléfono.

—Llamaré a Iván mientras te tengo prisionero y él se encargará de convertirme en un salchichón.

—Eres muy vengativa.

—¡No te acerques! —ordenó al ver que el hombre avanzaba hacia ella.

—Vamos, deja de ser niña y tira esa pistolita. Puedes hacerte daño con ella.

—No te acerques. Además, estás borracho, no andas seguro. Vamos, quieto.

—No, dame ese juguetito.

—¡Si no te detienes te mató y hablo en serio!

Slim no se detuvo y ella cumplió su palabra.

La detonación no fue muy escandalosa, pero Slim, esquivando la bala, se arrojó al suelo. Quedó inmóvil sobre la alfombra boca abajo.

—¡Slim, Slim! ¡Dios mío, te he dado! —gimió Val asustada por su acción.

Palpó el cuerpo del hombre y se manchó las manos.

—¡Sangre!

Lo volvió boca arriba y se percató de que estaba sucio de sangre en diversos puntos del cuerpo.

—Dios mío, yo no quería matarte, sólo deseaba tomarme la revancha...

—Pues todavía puedes hacer algo por mí —dijo él abriendo los ojos.

—¿El qué?

—Di que me traigan un buen filete y un par de huevos fritos con una cerveza y pan.

—¿Qué?

—Vamos, cariño, es receta del médico. —Tras decir esto, bostezó. El sueño estaba siendo más fuerte que su voluntad.

Cuando Slim volvió a abrir los ojos se hallaba cómodamente instalado en la cama.

Junto a él, sentada en la misma, Val y a su lado un carrito-camarera con una cerveza, un par de huevos y un magnífico filete.

—Diablos, sí que se han dado prisa en prepararme la comida —dijo sentándose en la cama mientras propinaba un beso en la mejilla de la fémina.

—La primera que trajeron tuvieron que volvérsela a llevar.

—¿Por qué?

—Se enfrió. Sólo hace quince horas que duermes y yo no te he querido molestar.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Ha llamado un tal Gilbert y ha dicho que podías pasar a verle, que todo iba bien. Por cierto, yo no te toqué con mi disparo. ¿De dónde sacaste tanta sangre?

—Cariño, tenemos que irnos corriendo a la casa de Gilbert. Ya te explicaré por el camino.

Se levantó de la cama, pero volvió a dejarse caer en ella. Mirando la mesita portátil, dijo:

—Será mejor que coma un poco. Hay que poner carburante en el depósito, si no la máquina no funciona.

Una hora más tarde se dirigían a casa del traumatólogo.

Val conducía el «Mercedes Benz». Slim, a su lado, le contó lo ocurrido la noche anterior.

—Pues me diste un buen susto. Creí que te había matado.

—Por lo visto tienes la manía de liquidarme. Confío que no seas de las mujeres que siempre se salen con la suya.

Gilbert les recibió inmediatamente, llevándolos junto al paciente.

A éste le dijo:

—Éste es el hombre al cual le debe la vida. Le ha dado su sangre.

Charles Agnie miró a Slim.

El infeliz hampón no podía hablar. Tenía todas las encías protegidas con apósitos y semejaba una especie de monstruo.

—Espera, Slim, primero quiero decirte algo.

—Te escucho.

—A este hombre trataron de matarlo.

—¿Te refieres a los dientes y muelas que le sacaron?

—No. Le inyectaron un anticoagulante que facilitó en mucho la hemorragia que sufrió. Por lo visto, había alguien interesado en que se desangrara por completo.

El propio Agnie asintió con la cabeza.

—¿Quién...? —preguntó Slim ceñudo. Rápidamente, agregó—: No, no respondas. Gilbert, dale un bloc y un lápiz. Que conteste por escrito.

Charles Agnie tomó el bloc y escribió en él.

—El profeta —leyó Slim—. ¿El intentó matarte?

«Sí», escribió Agnie.

—¿Y quién es ese profeta?

«No sé su nombre —comenzó a escribir—, pero es el que nos pagó para que robáramos la carga atómica. Nosotros éramos tres, Lear, Svendy y yo. Esta noche debíamos cobrar la mitad del pago por el trabajo. Ellos están en el Circo Oriental. La chica y el gitano son dos cabecillas de la secta de los Supervivientes».

—Comprendo, Charles, que luego deberé entregarte a la policía y que serás juzgado, pero cuanto más hables, mejor te irá luego en el juicio —le dijo Slim.

«Sí —admitió Agnie. Siguió escribiendo cuanto sabía hasta llegar al final—. Después de torturarme, me dejaron sólo en el sótano. Luego, se abrió la puerta y bajó el profeta. Me puso una inyección en el brazo, se rió y se alejó, dejándome sólo de nuevo. Yo perdí el sentido».

—Eso indica que el tal profeta estaba en la casa del embajador. Si tú no sabes su nombre, por lo menos podrás describirnoslo.

«Alto, magro, ojos pequeños. Representa unos cuarenta años», escribió finalmente Agnie.

—¡Es Narváez, el secretario del embajador! —exclamó Val.

Slim asintió con la cabeza.

CAPÍTULO IX

Los dos franceses que se habían introducido sigilosamente en el recinto del circo comprobaron que debajo de la gran carpa reinaba un silencio total.

Faltaba aún más de una hora para la última sesión del circo, pero estaba ya todo dispuesto. Sillas y bancos limpios y la arena rastrillada.

Mientras buscaban a quienes les habían de pagar lo pactado por el robo de la carga atómica, en una rulotte, dos hombres mantenían una conversación a media voz.

—Leonard, tú eres mi hombre más adicto.

—Gracias por esa distinción.

—No se trata de un halago. Yo necesito confiar en ti, es decir, confío.

—Ya sabe que puede hacerlo —respondió el supersticioso gitano al hombre que se hacía llamar el profeta y a quien otros conocían por Narváez.

—Sí, es cierto, pero es que ahora la situación se ha complicado.

—¿Hay peligro?

—Sí, estamos a punto de ser descubiertos. Uno de los hombres que tomaron parte en el robo de la carga atómica ha sido atrapado.

—¿Por la policía?

—No, por unos tipos que son tan peligrosos como la policía.

—Podemos hacerles frente. Los de la secta somos casi una treintena —repuso Leopold.

Los dos hombres no se dieron cuenta de que, a través de la ventana que servía de respiradero a la rulotte, alguien les escuchaba.

—Si ellos avisan a la policía, aunque fuéramos un regimiento

estaríamos perdidos.

—Pero ¿han avisado ya a la policía?

—No, y no podemos esperar a que lo hagan. Sería demasiado tarde.

—¿Qué hay que hacer entonces? —inquirió el gitano.

—Huir, huir a otra parte antes de que nos atrapen.

—Si huimos todos, dejaremos una pista demasiado visible.

—No, sólo vamos a huir tú y yo. Por ahora, seremos los únicos supervivientes.

—¿Y los demás?

Los demás seguirán en el circo: como si nada ocurriera. Como está llevado por el sistema de copropiedad entre todos los que trabajan aquí, no habrá problemas.

—Pero si carecemos de gente no podremos llevar adelante el plan de sobrevivencia.

—Sí lo llevaremos, sólo hay que buscar nuevos hombres en otra parte que crean en mis palabras. El uranio que nos hace falta para el mantenimiento del submarino atómico ya lo tenemos.

—Entonces, ¿hay que olvidarse del circo?

—Sí, y de todos los que aquí quedan. Sólo nos salvaremos tú y yo, sólo nosotros sobreviviremos al cataclismo que anulará la especie humana. Bueno, quizá se salven también otros submarinos atómicos que estén navegando bajo el agua en aquellos momentos, pero quedaremos pocos, muy pocos.

—¿Eso lo ha sabido por revelación divina?

—No te creía tan tonto, Leopold.

El gitano enarcó las cejas, sorprendido y molesto.

—Pero usted siempre ha dicho que es un profeta.

—Sí, tengo que serlo para reclutar gente. Sin embargo, yo sé lo de la destrucción del Mundo por un pergamino asiático que hurté a un lama que viajaba por Francia. Siempre me ha excitado la ciencia antigua, la asiática en especial, y creo firmemente lo que pone ese pergamino de probada antigüedad. Pretender que los demás confíen en él sería absurdo. Yo tenía que montar un poco de teatro y me convertí en profeta mezclando algo de religión. En fin, puro teatro para reclutar gente.

—Pero el fondo de todo esto es verdad, ¿no?

—Lo es, Leopold. —Para tranquilizarlo, le dio unas palmadas en

el hombro—. El mundo será destruido en la fecha que yo he dicho y para ese día debemos tener el submarino a punto.

—¿Dónde lo construiremos?

—En Sudamérica. Hay unos, buenos ingenieros alemanes que al final de la pasada guerra tuvieron que huir y están ansiosos por ayudarnos. Para ellos será una experiencia nueva e, incluso, debido a su condición de hombres en el destierro, se prestarán a llevar el proyecto en secreto en cualquier bahía perdida y solitaria de la costa atlántica.

—Pero ¿y el material para construirlo?

—Esos mismos hombres nos lo proporcionarán a cambio de una parte del submarino que desearán para sus pruebas particulares. Su afán es volver a convertir en realidad una idea ya extinguida.

—¿El nazismo?

—Sí, pero en cuanto el submarino esté terminado, buscaremos el modo de liquidarlos y asunto resuelto.

—Sí, el método de la eliminación drástica es la mejor forma para deshacernos de quienes molestan. Pero ¿y los que están aguardando ahora para la reunión en la tienda pequeña?

—Bah, los dejaré tranquilos con unas cuantas palabras. Les diré que estaré de viaje unos días con el fin de buscar apoyo para la construcción de nuestra Arca de Noé del siglo xx y se lo tragarán.

—¿Y cuando llegue la policía?

—¡Allá ellos! Nosotros ya estaremos lejos. Al terminar la reunión, tú y yo nos encontraremos en el camión.

—¿El que lleva la carga atómica?

—Sí. Nos marcharemos con él y con esta estatuilla.

Narváez acarició el ídolo inca como si estuviera labrado en oro, cuando en realidad era de madera.

—Ahí dentro están los planos, ¿no?

—Sí. El imbécil de Larrea los ha tenido en sus vitrinas durante días, sin darse cuenta. Yo le proporcionaba las drogas que tú me traías a través de tus compañeros gitanos nómadas que van de una parte a otra sin que nadie los registre. Me enteré de los planos que tenía que recibir y mi cerebro se iluminó; ya teníamos la forma de escapar al cataclismo que destruirá la Humanidad. Cuando Larrea, por medio de Gastón le Souriant, tenía que recibir los microfilms robados a los americanos, nosotros nos adelantamos con éxito

yendo a la tienda del anticuario. Mas la intervención del agente norteamericano y de la chica rusa ha complicado las cosas; por ello hay que huir de aquí. Existe demasiada gente interesada en lo que nosotros tenemos.

—Entonces, escapemos antes de caer.

—Después de hablarles, yo te esperaré en la cabina del camión.

—¿Y dinero? Nos hará falta.

—Te aguardaré con todo el dinero de las últimas recaudaciones, pero hay que darse prisa.

—Sí, hay que apresurarse —admitió Leopold.

Narváz tomó la estatuilla y abandonó la *roulotte* dirigiéndose a la tienda de lona que les servía de comedor y en la cual se había proyectado, como veces anteriores, la reunión de aquella noche.

Mientras, Lear y Svendy, atraídos por las luces y murmullos de la tienda-comedor, fueron hacia ella aprovechando las sombras que les rodeaban.

Cerca de ellos podía oírse a algún elefante inquieto y el ruido de los leones, quizá nerviosos intuyendo su próxima actuación bajo los focos de la pista.

—Aquí están reunidos esos de la secta de los Supervivientes —musitó Lear a su compañero.

—Podremos observarlos sin que nos vean —sonrió Svendy al tiempo que sacaba un afiladísimo estilete de su bolsillo.

Practicó dos incisiones en la lona, a través de las cuales contemplaron la extraña reunión en el preciso instante en que el profeta se presentaba ante sus hombres con la estatuilla en la mano para embaucarlos y así preparar su escapada.

—Están locos —comentó Lear.

—Son unos fanáticos, hay que ir con cuidado con ellos. A mí no me huele bien que Charles haya desaparecido sin dejar rastro.

—¿Puedo preguntarles qué hacen aquí?

Lear y Svendy giraron en redondo al oír aquella voz inesperada.

Leopold estaba frente a ellos y sonreía amistosamente.

Svendy, que conservaba el estilete en su mano, al principio no tuvo intenciones de guardarlo. Fue Lear quien respondió:

—Hemos venido para cobrar nuestra parte como estaba pactado.

—Sí, claro. ¿Y el otro, Charles?

—No sabemos, ha desaparecido.

—Vaya, peor para él, porque supongo que ustedes se repartirán el dinero entre los dos.

Lear y Svendy se miraron entre sí. Fue Lear quien se apresuró a decir:

—No es mala idea.

—Yo creo que es una idea estupenda —insistió Leopold. Miró a Svendy y preguntó—: ¿Para qué tiene esa arma, es que no se fía?

—Sí, sí, claro, es que somos un poco curiosos —se excusó Svendy señalando la lona cortada y guardando inmediatamente el estilete.

—Vamos, síganme —invitó el zíngaro.

Las dos franceses le siguieron entre los carromatos en los que había fieras de las más distintas especies.

De súbito, en el momento menos esperado por ellos, Leopold se revolvió como un felino asestándoles sendas cuchilladas sin que tuvieran tiempo de defenderse.

Cuando los tuvo a sus pies, ya muertos, el gitano sonrió satisfecho.

—¡Asesino!

Leopold se sobresaltó. No esperaba que nadie le hubiera visto.

Ante él quedó la euroasiática, vestida con su maillot de fantasía y cubierta con la capa con que salía fastuosamente a la pista.

—¡Audrey! ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo piensas hacer desaparecer los cadáveres, en los estómagos de las fieras?

Leopold, ya sereno, volvió a ser el cínico de siempre.

—Excelente idea.

—No os saldréis con la vuestra. He oído todo lo que hablabais en la *roulotte*. Os denunciaré a la policía.

—Sólo una mujer podía ser tan estúpida. Ahora me obligas a acabar contigo también. Las fieras saborearán carne fina, delicada.

Amenazadoramente, el lugarteniente de Narváez avanzó con el acero ya ensangrentado.

—¡No, Leopold, no!

Audrey, aterrada ante la proximidad de la muerte, echó a correr hacia el gran entoldado del circo.

Como buena trapecista que era, tenía velocidad y seguridad en sus piernas, pero Leonard era su compañero en el trapecio y corrió

tras ella acortando distancias.

—¡No escaparás!

Al llegar a una de las puertas, Leopold consiguió sujetar la capa que flotaba en el aire, más la fémina se la soltó del cuello y Leopold rodó por el suelo enredado en ella.

Audrey corrió hacia las cuerdas por las cuales se ascendía a los trapecios y comenzó a trepar por ellas.

—Bien, Audrey, tú me facilitas las cosas. Vas a morir de accidente, sólo será una caída...

Audrey se lanzó al aire con el trapecio y Leopold, tan ágil como ella, la siguió tratando de alcanzarla con el cuchillo, mientras se cruzaban en el espacio.

—¡Socorro! —gritó Audrey al ver aparecer dos figuras en el entarimado de la orquesta.

Los recién llegados eran Slim

O'Brien

y Val, que captaron inmediatamente la apurada situación de la chica.

«S. O. S.»

sacó su arma.

Casi sin apuntar, disparó contra el blanco volante en el instante mismo en que éste se iba a cruzar de nuevo con Audrey, disponiéndose a hundir su cuchillo en el cuerpo de la mujer.

Sonaron dos detonaciones apenas audibles, ya que la pistola de Slim iba provista de silenciador.

Leopold, alcanzado mortalmente, se precipitó al vacío golpeándose contra la arena de la pista. Allí quedó quieto, tiñéndola con su sangre.

—¿Dónde está Narváez, el profeta? —preguntó Slim a la trapecista, que acababa de detenerse en el aire, suspirando de alivio tras el terror pasado.

—Trata de huir en el camión-cuba de combustible, que no es más que un camuflaje del camión de la carga nuclear. También se lleva una estatuilla.

—¡Gracias! —respondió Slim, llevándose de la mano a Val mientras corrían.

Los miembros de la secta de los Supervivientes habían abandonado ya el comedor y se disponían a ocupar sus puestos,

pues no tardarían en abrirse el circo al gran público.

Slim y Val divisaron de lejos el gran camión-cisterna.

Corrieron hacia él, descubriendo en su interior al hombre que buscaban.

El falso profeta, en lugar de detenerse, dio a la llave de contacto del camión disponiéndose a huir con él.

—¡Quieto, Narváez, o le disparo! —amenazó Slim.

—¡Quietos todos! —ordenó una voz inesperada allí.

Hasta el propio Narváez se sorprendió al ver al embajador Larrea, acompañado de Walter y sus secuaces. Todos ellos empuñaban pistolas.

—Embajador, no complique las cosas —advirtió Slim.

—Si comete una tontería liquidamos a la chica, venimos dispuestos a todo, ¿verdad, Walter?

—Sí, embajador. Dispararemos enseguida que haga falta.

—La verdad es que sospechaba de usted, Narváez, pero ha sido más seguro ir siguiendo a esta pareja que parece dispuesta a descubrirlo todo —explicó, burlón, Romualdo Larrea.

—No se pase de listo, embajador —atajó Slim—. Eso es precisamente lo que había tramado yo, que me siguiera hasta el momento final, porque ahora viene la policía, a la que yo he avisado previamente antes de llegar aquí. Usted también caerá en la redada. Mala suerte, embajador.

—¿La policía? ¡Maldito yanqui, mientes! —estalló Larrea.

Más en aquel momento, tal como pronosticara Slim, se oyó la sirena de varios coches policiales que se acercaban al circo por distintos lugares. La recuperación de la carga atómica era algo muy importante para ellos.

Narváez, que tenía el motor del camión en marcha, dio luz a los focos cegando al embajador y a sus hombres, que estaban situados delante del vehículo.

Pisó el acelerador a fondo, dispuesto a huir arrollando a Larrea y a sus hombres de modo brutal, violento.

Slim disparó sin contemplaciones sobre el falso profeta.

El camión, que no había tenido tiempo de adquirir velocidad, se estrelló contra un alto y recio poste de madera al quedar el vehículo sin gobierno, pues Narváez había caído sobre el volante convertido en cadáver.

La rotura del alto mástil se llevó por delante parte del techo de lona del circo, ya que era uno de sus puntales en el exterior y además sostenía cables que se sujetaban a los mástiles interiores del recinto.

Pronto quedaron rodeados por policías franceses, que detuvieron a dos de los hombres de Larrea que no habían sido arrollados por el camión, como el embajador y parte de sus compañeros.

—Señor

O'Brien,
¿cómo está?

—Bien, pero haga que sus hombres detengan a todos los empleados de este circo. Pertenecen a una secta secreta llamada, los Supervivientes.

—¿Supervivientes de qué?

—Eso ya se lo explicarán cuando los tenga en chirona. Ah, por cierto, la chica del trapecio nos ha ayudado en este lío; sean benévolo con ella.

—De acuerdo, en la jefatura ya haremos las aclaraciones pertinentes. Ante todo, ¿dónde está la carga atómica?

—No tema, oficial, la Prensa no se le echará encima. La carga atómica está a su espalda.

—¿En el coche-cuba? —preguntó asombrado.

—Sí, sólo es un camuflaje. Enhorabuena, oficial, ha realizado usted un excelente trabajo.

—¿Yo? —se sorprendió, abriendo mucho sus ojos.

—Sí, usted. Comprenderá que como agente secreto no voy a permitir que salga mi nombre en la Prensa ni el de mi acompañante. Usted lo ha resuelto todo, oficial; repito, mi cordial enhorabuena.

Le estrechó la mano efusivamente, aunque había cierta burla en su gesto.

El oficial francés se atusó el bigote y aspiró con fuerza.

—Después de todo, debo respetar sus decisiones. Me han ayudado mucho. Ah, y no teman por la trapecista; la trataremos bien.

Uno de los agentes abrió la portezuela del camión donde se hallaba el cadáver del falso profeta y sacó una estatuilla inca.

—¡Es un recuerdo mío! —se apresuró a decir Val.

—Ah, bueno, puede quedárselo —dijo el oficial francés galantemente.

Slim

O'Brien

se quedó mirando a la chica. Ésta, con una sonrisa, se le acercó tendiéndole la estatuilla.

—Toma. Después de todo, perteneces a los tuyos, ¿no?

—Gracias, cariño. Estaba seguro de que la pantera acabaría por ser domada.

Le dio un ligero beso en los labios que hizo que el oficial se tocara la visera alejándose en otra dirección, a la caza y captura de miembros de la extraña secta con que llenar sus calabozos.

—¿Me quieres, Slim?

—Tanto que si prometes no volver a intentar balearme, te propongo el matrimonio.

Ella ronroneó:

—Me encargaré de buscar un «pope» para nuestra boda. Y se casaron en el día fijado para la destrucción del mundo según el viejo pergamino asiático.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] El Sonriente. < <